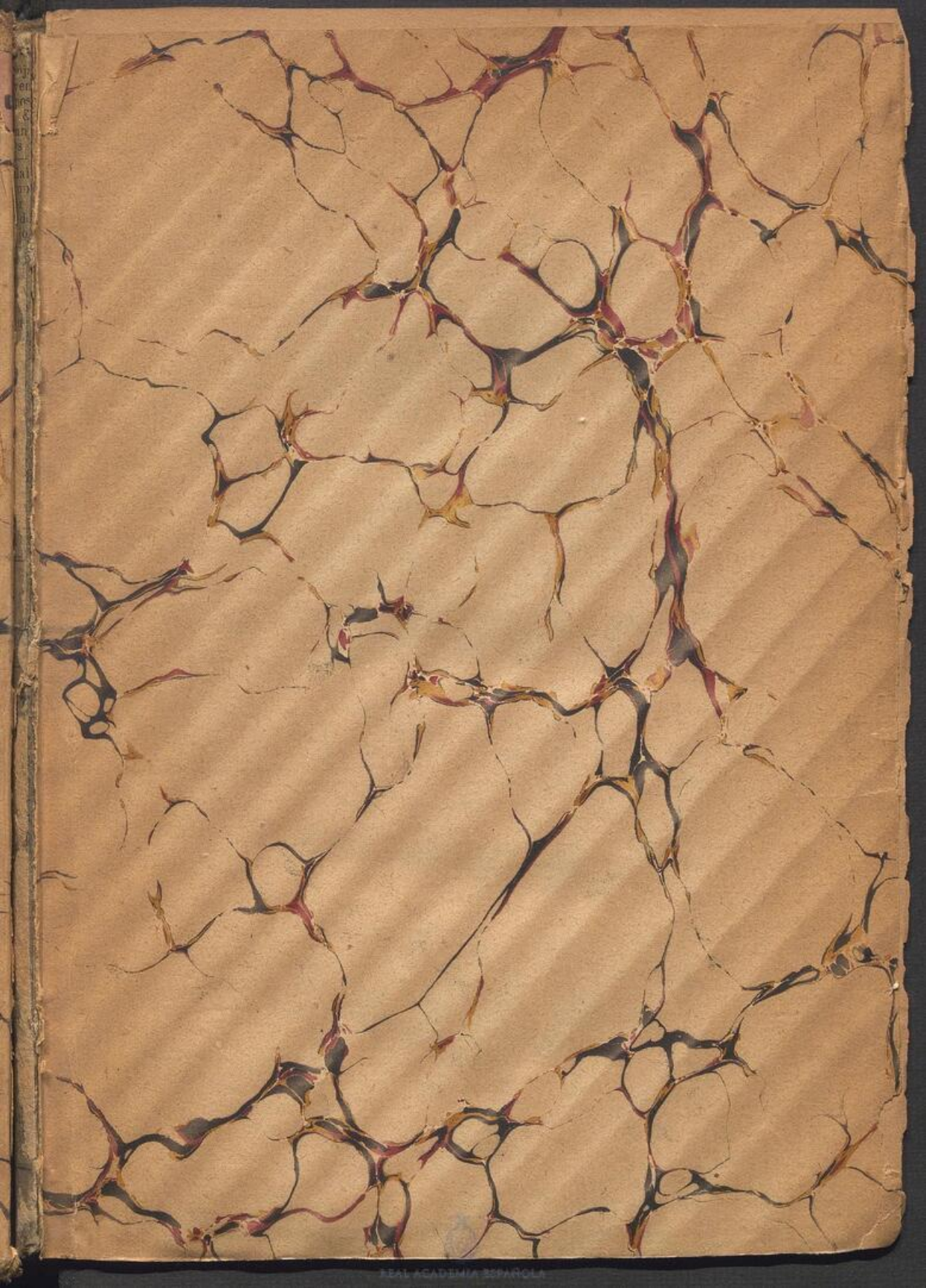
CASTRO

EN LAS

RILLAS

DEL SAR

12
C - 56



~~17-III-28~~

S. Coms. = 12-C-56

EN LAS ORILLAS DEL SAR

BIBLIOTECA DE LA R. A. E.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

R. 74837

EN LAS

ORILLAS DEL SAR

POESÍAS

DE

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle de Cedaceros, núm. 11

1884

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ORILLAS DEL SAR

I

A través del follaje perenne
Que oir deja rumores extraños,
Y entre un mar de ondulante verdura
Amorosa mansion de los pájaros,
Desde mis ventanas veo
El templo que quise tanto.

El templo que tanto quise....
Pues no sé decir ya si le quiero,
Que en el rudo vaivén que sin tregua
Se agitan mis pensamientos,
Dudo si el rencor adusto,
Vive unido al amor en mi pecho.

II

¡Otra vez! tras la lucha que rinde
Y la incertidumbre amarga,
Del viajero que errante no sabe
Donde dormirá mañana;

En sus lares primitivos
Halla un breve descanso mi alma.

Algo tiene este blando reposo
De sombrío y de halagueño
Cual lo tiene en la noche callada
De un sér amado el recuerdo,
Que de negras traiciones y dichas
Inmensas, nos habla á un tiempo.

Ya no lloro.... y no obstante agoviado
Y afligido mi espíritu, apenas
De su cárcel estrecha y sombría
Osa dejar las tinieblas
Para bañarse en las ondas
De luz, que el espacio llenan.

Cual si en suelo extranjero me hallase
Tímida y hosca, contemplo
Desde lejos, los bosques y alturas
Y los floridos senderos
Donde en cada rincón me aguardaba
La esperanza sonriendo.

III

Oigo el toque sonoro que entonces,
A mi lecho á llamarme venía
Con sus ecos, que el alba anunciaban;
Mientras cual dulce caricia
Un rayo de sol dorado
Alumbraba mi estancia tranquila.

Puro el aire, la luz sonrosada,
¡Qué despertar tan dichoso!
Yo veía entre nubes de incienso
Visiones con alas de oro
Que llevaban la venda celeste
De la fé sobre sus ojos...

Ese sol es el mismo, mas ellas
No acuden á mi conjuro;
Y á través del espacio y las nubes,
Y del agua en los limbos confusos,
Y del aire en la azul trasparencia
¡Ay! ya en vano las llamo y las busco.

Blanca y desierta la vía
Entre los frondosos setos
Y los bosques y arroyos que bordan
Sus orillas, con grato misterio
Atraerme parece y brindarme
A que siga su línea sin término.

Bajemos pues, que el camino
Antiguo nos saldrá al paso,
Aunque triste, escabroso y desierto,
Y cual nosotros cambiado,
Lleno aún de las blancas fantasmas
Que en otro tiempo adoramos.

IV

Tras de inútil fatiga, que mis fuerzas agota,
Caigo en la senda amiga, donde una fuente brota
Siempre serena y pura;

Y con mirada incierta, busco por la llanura
No se qué sombra vana ó qué esperanza muerta,
No se qué flor tardía de virginal frescura
Que no crece en la vía arenosa y desierta.

De la oscura *Trabanca* tras la espesa arboleda,
Gallardamente arranca al pié de la vereda
La Torre y sus contornos cubiertos de follaje,
Prestando á la mirada descanso en su ramaje,
Cuando de la ancha vega por vivo sol bañada
Que las pupilas ciega,
Atraviesa el espacio, gozosa y deslumbrada.

Como un eco perdido, como un amigo acento
Que suena cariñoso,
El familiar chirrido del carro perezoso
Corre en alas del viento, y llega hasta mi oido
Cual en aquellos días hermosos y brillantes
En que las ánsias mías eran quejas amantes,
Eran dorados sueños y santas alegrías.

Ruje la *Presa* lejos... y de las aves nido
Fondons cerca descansa;
La cándida abubilla bebe en el agua mansa,
Donde un tiempo he creido de la esperanza hermosa
Beber el nectar sano, y hoy bebiera anhelosa
Las aguas del olvido, que es de la muerte hermano;
Donde de los vencejos que vuelan en la altura
La sombra se refleja,
Y en cuya linfa pura, blanca el nenúfar brilla
Por entre la verdura de la frondosa orilla.

V

¡Cuán hermosa es tu vega! ¡Oh Padron! ¡Oh Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la sávia
Que estraje de tu seno,
Como el sediento niño el dulce jugo extrae
Del pecho blanco y lleno,
De mi existencia oscura en el torrente amargo
Pasaron cual barrida por la inconstancia ciega
Una visión de armiño, una ilusión querida,
Un suspiro de amor.

De tus suaves rumores la acorde consonancia,
Ya para el alma yerta, tornóse bronca y dura
Á impulsos del dolor;
Secáronse tus flores de virginal fragancia,
Perdió su azul tu cielo, el campo su frescura,
El alba su candor.

La nieve de los años, de la tristeza el hielo
Constante, al alma niegan toda ilusión amada,
Todo dulce consuelo.
Solo los desengaños preñados de temores
Y de la duda el frio,
Avivan los dolores que siente el pecho mío;
Y ahondando mi herida,
destierran del cielo, donde las fuentes brotan
Eternas de la vida.

VI

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!
Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,
Del Sar cabe la orilla,
Al acabarme, siento la sed devoradora
Y jamás apagada, que ahoga el sentimiento,
Y el hambre de justicia, que abate y que anonada
Cuando nuestros clamores los arrebata el viento
De tempestad airada.

Ya en vano el tibio rayo de la naciente aurora
Tras del *Miranda* altivo,
Valles y cumbres dora con su resplandor vivo;
En vano llega Mayo de sol y aromas lleno,
Con su frente de niño, de rosas coronada
Y con su luz serena:
En mi pecho vé juntos el odio y el cariño
Mezcla de gloria y pena,
Mi sién por la corona del mártir agobiada
Y para siempre frio y agotado mi seno.

VII

Ya que de la esperanza, para la vida mía,
Triste y descolorido ha llegado el ocaso,
Á mi morada oscura, desmantelada y fría
Tornemos paso á paso,
Porque con su alegría no aumente mi amargura
La blanca luz del día.

Contenta el negro nido, busca el ave agorera,
Bien reposa la fiera en el antro escondido,
En su sepulcro el muerto, el triste en el olvido
Y mi alma en su desierto.

Los unos altísimos,
Los otros menores,
Con su eterno verdor y frescura,
Que inspira á las almas
Agrestes canciones,
Mientras gime al chocar con las aguas
La brisa marina, de aromas salobres,
Van en ondas subiendo hacia el cielo
Los pinos del monte.

De la altura la bruma desciende
Y envuelve las copas
Perfumadas, sonoras y altivas
De aquellos gigantes
Que el *Castro* coronan;
Brilla en tanto á sus piés el arroyo
Que alumbra risueña
La luz de la aurora,
Y los cuervos sacuden sus alas,
Lanzando graznidos
Y huyendo la sombra.

El viajero, rendido y cansado
Que ve del camino la línea escabrosa
Que aún le resta que andar, anhelara

Deteniéndose al pié de la loma
De repente quedar convertido
En pájaro ó fuente,
En árbol ó en roca.

*
* *

Era apacible el dia
Y templado el ambiente,
Y llovia, llovia,
Callada y mansamente;
Y mientras silenciosa
Lloraba yo y gemia,
Mi niño, tierna rosa,
Durmiendo se moria
Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mia!

Tierra sobre el cadáver insepulto
Antes que empiece á corromporse... ¡tierra!
Ya el hoyo se ha cubierto, sosegaos,
Bien pronto en los terrones removidos
Verde y pujante crecerá la yerba.

¿Qué andais buscando en torno de las tumbas,
Torvo el mirar, nublado el pensamiento?
No os ocupéis de lo que al polvo vuelve!...
Jamás el que descansa en el sepulcro
Ha de tornar á amaros ni á ofenderos.

¡Jamás! ¿Es verdad que todo
Para siempre acabó ya?
Nó; no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad.

Tú te fuiste por siempre; mas mi alma
Te espera aún con amoroso afán,
Y vendrás ó iré yo, bien de mi vida,
Allí donde nos hemos de encontrar.

Algo ha quedado tuyo en mis entrañas
Que no morirá jamás,
Y que Dios, porque es justo y porque es bueno,
Á desunir ya nunca volverá.
En el cielo, en la tierra, en lo insondable
Yo te hallaré y me hallarás.
No, no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad.

—Mas... es verdad,—ha partido,
Para nunca más tornar.
Nada hay eterno para el hombre, huésped
De un día en este mundo terrenal,
En donde nace, vive y al fin muere,
Cual todo nace, vive y muere acá.

*
* *

Una luciérnaga entre el musgo brilla
Y un astro en las alturas centellea,
Abismo arriba, y en el fondo abismo,
¿Qué es al fin lo que acaba y lo que queda?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En vano el pensamiento
Indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!
Siempre al llegar al término, ignoramos
Qué es al fin lo que acaba y lo que queda.

Arrodillada ante la tosca imagen
Mi espíritu, abismado en lo infinito,
Impía acaso, interrogando al cielo
Y al infierno á la vez, tiemblo y vacilo.
¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana
Con sus ecos responde á mis gemidos
Desde la altura, y sin esfuerzo el llanto
Baña ardiente mi rostro enflaquecido.
¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan sólo
Lo puedes ver y comprender, Dios mío!

¿Es verdad que lo ves? Señor, entonces
Piadoso y compasivo
Vuelve á mis ojos la celeste venda
De la fe bienhechora que he perdido,
Y no consientas, no, que cruce errante
Huérfano y sin arrimo,
Acá abajo los yermos de la vida,
Más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando á muerto,—y siempre mudo
É impasible el divino
Rostro del Redentor, deja que envuelto
En sombras quede el humillado espíritu.
Silencio siempre; únicamente el órgano
Con sus acentos místicos
Resuena allá de la desierta nave
Bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena,
Puñal de doble filo;
Todo, menos la duda que nos lanza
De un abismo de horror en otro abismo.

Desierto el mundo, despoblado el cielo,
Enferma el alma y en el polvo hundido
El sacro altar en donde
Se exhalaron fervientes mis suspiros,
En mil pedazos roto
Mi Dios, cayó al abismo,
Y al buscarle anhelante, sólo encuentro
La soledad inmensa del vacío.

De improviso los ángeles
Desde sus altos nichos
De mármol, me miraron tristemente
Y una voz dulce resonó en mi oido:
«Pobre alma, espera y llora
Á los piés del Altísimo;
Mas no olvides que al cielo
Nunca ha llegado el insolente grito,
De un corazón que de la vil materia
Y del barro de Adán formó sus ídolos.»

*
* *

Adivínase el dulce y perfumado
Calor primaveral;
Los gérmenes se agitan en la tierra

Con inquietud en su amoroso afán,
Y cruzan por los aires, silenciosos,
Átomos que se besan al pasar.

Hierve la sangre juvenil; se exalta
Lleno de aliento el corazón, y audaz
El loco pensamiento sueña y crée
Que el hombre es, cual los dioses, inmortal.
No importa que los sueños sean mentira,
Ya que al cabo es verdad
Que es venturoso el que soñando muere,
Infeliz el que vive sin soñar.

¡Pero qué aprisa en este mundo triste
Todas las cosas ván!
Que las domina el vértigo creyérase!...
La que ayer fué capullo, es rosa ya,
Y pronto agotará rosas y plantas
El calor estival.

* * *

Candente está la atmósfera;
Explora el zorro la desierta vía;
Insalubre se torna
Del limpio arroyo el agua cristalina
Y el pino aguarda inmóvil
Los besos inconstantes de la brisa.

Imponente silencio
Agobia la campiña;
Sólo el zumbido del insecto se oye

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

En las extensas y húmedas umbrías;
Monótono y constante
Como el sordo estertor de la agonia.

Bien pudiera llamarse, en el estío,
La hora del mediodía,
Noche en que al hombre de luchar cansado
Más que nunca le irritan,
De la materia la imponente fuerza
Y del alma las ánsias infinitas.

Volved ¡oh, noches del invierno frio,
Nuestras viejas amantes de otros dias!
Tornad con vuestros hielos y crudezas
A refrescar la sangre enardecida
Por el estío insoportable y triste....
Triste!... ¡lleno de pámpanos y espigas!
Frio y calor, otoño ó primavera
¿Dónde... dónde se encuentra la alegría?
Hermosas son las estaciones todas
Para el mortal que en sí guarda la dicha:
Mas para el alma desolada y huérfana,
No hay estación risueña ni propicia.

* * *

Un manso río, una vereda estrecha,
Un campo solitario y un pinar,
Y el viejo puente rústico y sencillo
Completando tan grata soledad.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
Basta á veces un solo pensamiento.
Por eso hoy, hartos de belleza, encuentras
El puente, el río y el pinar desiertos.

No son nube ni flor los que enamoran,
Eres tú, corazón, triste ó dichoso,
Ya del dolor y del placer el árbitro
Quien seca el mar y hace habitable el polo.

*
* *

—Detente un punto, pensamiento inquieto,
La victoria te espera,
El amor y la gloria te sonríen.
¿Nada de esto te halaga ni encadena?
—Dejadme solo y olvidado y libre,
Quiero errante vagar en las tinieblas;
Mi ilusión más querida
Solo allí dulce y sin rubor me besa.

*
* *

Moría el sol, y las marchitas hojas
De los robles, á impulso de la brisa,
En silenciosos y revueltos giros
Sobre el fango caían:
Ellas, que tan hermosas y tan puras,
En el Abril vinieran á la vida.

Ya era el otoño caprichoso y bello:
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!
Pues en la tumba de las muertas hojas
Vieron solo esperanzas y sonrisas.

Extinguióse la luz: llegó la noche
Como la muerte y el dolor, sombría;
Estalló el trueno, el río desbordóse
Arrastrando en sus aguas á las víctimas;
Y murieron dichosas y contentas...
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!

*
* *

Del rumor cadencioso de la onda
Y el viento que muge;
Del incierto reflejo que alumbra
La selva ó la nube;
Del piar de alguna ave de paso;
Del agreste ignorado perfume
Que el céfiro roba
Al valle ó á la cumbre,
Mundos hay donde encuentran asilo
Las almas que al peso
Del mundo sucumben.

MARGARITA

I

SILENCIO, los lebreles
De la jáuria maldita!
No despertéis á la implacable fiera
Que duerme silenciosa en su guarida,
¿No véis que de sus garras
Penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron ahullando los lebreles...
—¡Los malos pensamientos homicidas!—
Y despertaron la temible fiera...
—¡La pasión que en el alma se adormía!—
Y ¡adios! en un momento,
¡Adios gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
Á la luz de la lámpara nocturna,
Contempla el noble y varonil semblante
Que un pesado sueño abruma.

Bajo aquella triste frente
Que los pesares anublan,
Deben ir y venir torvas visiones,
Negras hijas de la duda.

Ella tiembla... vacila y se estremece...
¿De miedo acaso, ó de dolor y angustia?
Con espresión de lástima infinita,
No sé que rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía
Trémulo el lábio á su pesar pronuncia,
Mientras dentro del alma la conciencia
Contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
Librada ante la víctima, que muda
Duerme el sueño intranquilo de los tristes
Á quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella
Que abandona la estancia, entre las brumas
De la noche se pierde, y torna al alba,
Ajado el velo... en su mirar la angustia.

¿Carne, tentación, demonio
¡Oh! de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio!... el día soñoliento asoma
Por las lejanas alturas,
Y el anciano despierto, ella risueña,
Ambos su pena ocultan,
Y fingen entregarse indiferentes
Á las faenas de su vida oscura.

III

La culpada cayó, mas habló el crímen....
Murió el anciano, y ella, la insensata
Siguió quemando incienso en su locura,
De la torpeza ante las negras aras,
Hasta rodar en el profundo abismo
Fiel á su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
Hacer traición á su virtud sin mancha,
Malgastar las riquezas de su espíritu,
Vender su cuerpo, condenar su alma?
Es que en medio del vaso corrompido
Donde su sed ardiente se apagaba,
De un amor inmortal, los leves átomos
Sin mancharse, en la atmósfera flotaban.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SEDIENTAS las arenas en la playa
Sienten del sol los besos abrasados,
Y no lejos, las ondas siempre frescas,
Ruedan pausadamente murmurando.
Pobres arenas de mi suerte imágen:
No sé lo que me pasa al contemplaros,
Pues como yo sufris, secas y mudas,
El suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?.... acaso luzca un día,
En que salvando misteriosos límites,
Avance el mar y hasta vosotras llegue,
A apagar vuestra sed inextinguible.
¡Y quién sabe también, si tras de tantos
Siglos de ánsias y anhelos imposibles,
Saciará al fin su sed el alma ardiente
Donde beben su amor los serafines!

LOS TRISTES

I

De la torpe ignorancia que confunde
Lo mezquino y lo inmenso,
De la dura injusticia del más alto,
De la saña mortal de los pequeños,
¡No es posible que huyaís! cuando os conocen
Y os buscan, como busca el zorro hambriento
A la indefensa tórtola en los campos;
Y al querer esconderos
De sus cobardes iras, ya en el monte
En la ciudad ó en el retiro estrecho,
¡Ahí va! exclaman, *¡Ahí va!* y alli os insultan
Y señalan, con íntimo contento,
Cual la mano implacable y vengativa
Señala al triste y fugitivo reo.

II

Cayó por fin en la espumosa y turbia
Recia corriente, y descendió al abismo
Para no subir más á la serena
Y tersa superficie. En lo más íntimo
Del noble corazón ya lastimado,
Resonó el golpe doloroso y frio
Que ahogando la esperanza
Hace abatir los ánimos altivos,
Y plegando las alas torvo y mudo,
En densa niebla se envolvió su espíritu.

III

Vosotros que lograsteis vuestros sueños,
¿Qué entendeis de sus ánsias malogradas?
Vosotros que gozásteis si sufristeis,
¿Qué comprendeis de sus eternas lágrimas?
Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos
Son como niebla que disipa el alba
¡Qué sabeis del que lleva de los suyos
La eterna pesadumbre sobre el alma!

IV

Cuando en la planta con afan cuidada
La fresca yema de un capullo asoma,
Lentamente arrastrándose entre el césped,
Le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,
En la profunda oscuridad medrosa
Brilla un rayo de fé; viene la duda
Y sobre él tiende su gigante sombra.

V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,
Cien gotas de rocío brillan al sol que nace;
Mas él vé que son lágrimas que derraman los tristes,
Al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas,
Las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;
Mas él siente que rujen con sordo clamoreo
De sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! de cien astros nuevos, la luz radiante
Hasta las más recónditas profundidades llega;
Mas sus hermosos rayos
Jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?
Para él, en donde quiera al retoñar se agosta,
Ya bajo las escarchas del egoismo estéril,
O ya del desengaño á la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,
Los pájaros, las flores y los frutos que siembra!
Para el desherado, sólo hay bajo del cielo
Esa quietud sombría que infunde la tristeza.

VI

Cada vez huye más de los vivos,
Cada vez habla más con los muertos,
Y es que cuando nos rinde el cansancio
Propicio á la paz y al sueño,
El cuerpo tiende al reposo,
El alma tiende á lo eterno.

VII

Así como el lobo desciende á poblado,
Si acaso en la sierra se vé perseguido.
Huyendo del hombre que acosa á los tristes,
Buscó entre las fieras, el triste, un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,
Piadosa velaba su sueño la luna,
El árbol salvaje le daba sus frutos,
La fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron,
La luna entre brumas veló su semblante;
Secóse la fuente y el árbol nególe,
Al par que su sombra sus frutos salvajes.

Dejando la sierra buscó en la llanura
De otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;
Y á un río profundo de nombre ignorado,
Pidióle aguas puras, su labio sediento.

¡Ya en vano! sin tregua siguióle la noche
La sed que atormenta y el hambre que mata,
Ya en vano! que ni árbol, ni cielo, ni río,
Le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
Agrandan las sombras que en torno le cercan,
Allá en lontananza la luz de la vida,
Hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales á quien la fortuna
Fué siempre propicia... ¡silencio! ¡silencio!
Si veis tantos seres que corren buscando
Las negras corrientes del hondo Leteo.

LOS ROBLES

I

Allá en tiempos que fueron, y el alma
Han llenado de santos recuerdos,
De mi tierra, en los campos hermosos,
La riqueza del pobre era el fuego;
Que al brillar de la choza en el fondo
Calentaba los rígidos miembros
Por el frio y el hambre ateridos,
Del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,
En sus brazos la madre arrullaba
Al infante robusto;
Daba vuelta, afanosa la anciana
En sus dedos nudosos, al huso,
Y al alegre fulgor de la llama,
Ya la joven la harina cernía,
O ya desgranaba
Con su mano callosa y pequeña,
Del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose
En invierno, la pobre familia
Campesina, olvidaba la dura
Condición, de su suerte enemiga,
Y el anciano y el niño, contentos
En su lecho de paja dormían
Como duerme el polluelo en su nido
Cuando el ala materna le abriga.

II

Bajo el hacha implacable, ¡cuán presto
En tierra cayeron
Encinas y robles!
Y á los rayos del alba risueña,
¡Qué calva aparece,
La cima del monte!

Los que ayer fueron bosques y selvas,
De agreste espesura,
Donde envueltas en dulce misterio
Al rayar el día,
Flotaban las brumas,
Y brotaba la fuente serena
Entre flores y musgos oculta,
Hoy son áridas lomas que ostentan
Deformes y negras,
Sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellas los pájaros
Sus canciones de amor, ni se juntan
Cuando Mayo alborea en la fronda

Que quedó de sus robles desnuda.
Solo el viento al pasar trae el eco,
Del cuervo que grazna,
Del lobo que ahulla.

III

Una mancha sombría y extensa
Borda á trechos del monte la falda
Semejante á legión aguerrida,
Que acampase en la abrupta montaña
Lanzando alaridos
De sorda amenaza.

Son pinares, que al suelo desnudo
De su antiguo ropaje, le prestan
Con el suyo, el adorno salvaje
Que resiste del tiempo á la afrenta
Y corona de eterna verdura
Las ásperas breñas.

Árbol duro y altivo, que gustas
De escuchar el rumor del Océano
Y gemir con la brisa marina
De la playa en el blanco desierto,
¡Yo te amo! y mi vista reposa
Con placer, en los tibios reflejos
Que tu copa gallarda iluminan
Cuando audaz se destaca en el cielo,
Despidiendo la luz que agoniza,
Saludando la estrella del véspero.

Pero tú, sacra encina del celta,
Y tú, roble de ramas añosas,
Sois más bellos con vuestro follaje
Que si Mayo las cumbres festona
Salpicadas de fresco rocío
Donde quiebra sus rayos la aurora.
Y convierte los sotos profundos
En mansión de gloria.

Más tarde, en Otoño,
Cuando caen marchitas tus hojas
¡Oh roble! y con ellas
Generoso los musgos alfombras,
¡Qué hermoso está el campo!
¡La selva qué hermosa!

Al recuerdo de aquellos rumores
Que al morir el día
Se levantan del bosque en la hondura
Cuando pasa gimiendo la brisa,
Y remueve con húmedo soplo
Tus hojas marchitas,
Mientras corre engrosado el arroyo
En su cauce de frescas orillas;
Estremécese el alma pensando
Donde duermen las glorias queridas,
De este pueblo sufrido, que espera
Silencioso en su lecho de espinas,
Que suene su hora
Y llegue aquel día
En que venza con mano segura,
Del mal que le oprime,
La fuerza homicida.

IV

Torna roble, arbol patrio, á dar sombra
Cariñosa, á la escueta montaña
Donde un tiempo la gaita guerrera
Alentó de los nuestros las almas;
Y compás hizo al eco monótono
Del canto materno,
Del viento y del agua,
Que en las noches de invierno al infante
En su cuna de mimbre arrullaban.
Que tan bello apareces, ¡oh roble!
De este suelo en las cumbres gallardas
Y en las suaves graciosas pendientes
Donde umbrosas se estienden tus ramas,
Como en rostro de pálida vírgen
Cabellera ondulante y dorada,
Que en lluvia de rizos,
Acaricia la frente de nácar.

¡Torna presto á poblar nuestros bosques;
Y que tornen contigo las hadas
Que algun tiempo á tu sombra tejieron,
Del héroe gallego
Las frescas guirnaldas!

REAL ACADEMIA GALLEGA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALMA que vas huyendo de tí misma,
¿Qué buscas insensata en las demás?
Si secó en tí la fuente del consuelo
Secas todas las fuentes has de hallar.
¡Que hay en el cielo estrellas todavia,
Y hay en la tierra flores perfumadas!
¡Si!... mas no son ya aquéllas
Que tú amaste y te amaron, desdichada.

* * *

Cuando recuerdo del ancho e
El mar dorado
De hojas marchitas que en el otoño
Agita el viento con soplo blando,
Tan honda angustia nubla mi alma.
Turba mi pecho,
Que me pregunto:
—¿Por qué tan terca,
Tan fiel memoria, me ha dado el cielo?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

* * *

Del antiguo camino á lo largo,
Ya un pinar, ya una fuente aparece,
Que brotando en la peña musgosa
Con estrépito al valle desciende.
Y brillando del sol á los rayos
Entre un mar de verdura se pierden,
Dividiéndose en iimpios arroyos
Que dan vida á las flores silvestres
Y en el Sar se confunden, el río
Que cual niño que plácido duerme,
Reflejando el azul de los cielos,
Lento corre en la fronda á esconderse.

No lejos, en soto profundo de robles
En donde el silencio sus alas estiende,
Y da abrigo á los genios propicios,
Á nuestras viviendas y asilos campestres,
Siempre allí, cuando evoco mis sombras,
Ó las llamo, respóndenme y vienen.

* * *

Ya duermen en su tumba las pasiones
El sueño de la nada,
¿Es, pues, locura del doliente espíritu
Ó gusano que llevo en mis entrañas?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Yo sólo sé que es un placer que duele,
Que es un dolor que atormentando halaga,
Llama que de la vida se alimenta
Mas sin la cual, la vida se apagara.

*
* *

Creyó que era eterno tu reino en el alma,
Y creyó tu esencia esencia inmortal,
Mas, si sólo eres nube que pasa,
Ilusiones que vienen y van.
Rumores del onda que rueda y que muere
Y nace de nuevo y vuelve á rodar,
Todo es sueño y mentira en la tierra
¡No existes, verdad!

*
* *

Ya siente que te extingues en su seno
Llama vital, que dabas
Luz á su espíritu, á su cuerpo fuerzas,
Juventud á su alma.

Ya tu calor no templará su sangre,
Por el invierno helada,
Ni harás latir su corazón, ya falto
De aliento y de esperanza.

Será cual astro, que apagado y solo
Perdido va por la extensión del cielo.
Mudo, ciego, insensible,
Sin goces ni tormentos,

* * *

No subas tan alto, pensamiento loco,
Que el que más alto sube más hondo cae,
Ni puede el alma gozar del cielo
Mientras que vive envuelta en la carne.

Por eso las grandes dichas de la tierra
Tienen siempre por término, grandes catástrofes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡JAMÁS lo olvidaré!... De asombro llena
Al escucharlo, el alma refugióse
En sí misma y dudó... pero al fin, cuando
La amarga realidad, desnuda y triste
Ante ella se abrió paso, en luto envuelta,
Presenció silenciosa la catástrofe,
Cual contempló Jerusalem sus muros
Para siempre entre el polvo sepultados.

¡Profanación sin nombre! Donde quiera
Que el alma humana, inteligente, rinde
Culto á lo grande, á lo pasado culto,
Esas selvas agrestes, esos bosques
Seculares y hermosos, cuyo espeso
Ramaje, abrigo y cariñosa sombra
Dieron á nuestros padres, fueron siempre
De predilecto amor, lugares santos
Que todos respetaron.
¡No! En los viejos
Robledales umbrosos, que hacen grata
La más yerma región, y de los siglos
Guardan grabada la imborrable huella
Que en ellos han dejado, ¡nunca! ¡nunca!
Con su acerado filo osada pudo
El hacha penetrar, ni con certero

Y rudo golpe, derribar en tierra
Cual en campo enemigo, el arbol fuerte
De larga historia y de nudosas ramas,
Que es orgullo del suelo que le cría
Con sávia vigorosa, y monumento
Que en solo un día no levanta el hombre,
Pues es obra que Dios al tiempo encarga
Y á la madre inmortal naturaleza,
Artista incomparable.
Y sin embargo...
Nada allí quedó en pié. Los arrogantes
Cedros de nuestro Líbano, los altos
Gigantescos castaños seculares
Regalo de los ojos, los robustos
Y centenarios robles, cuyos troncos
De arrugas llenos, mónstruos semejaban
De ceño adusto y de mirada torva,
Que hacen pensar en ignorados mundos;
Las encinas vetustas, bajo cuyas
Ramas vagaron en silencio tantos
Tercos impenitentes soñadores...
¡Todo por tierra y asolado todo!
Ya ni abrigo, ni sombra, ni frescura;
Los pájaros huídos y espantados
Al ver deshecha su morada, el viento
Gimiendo desabrido, como gime
En las desiertas lomas, donde solo
Áridos riscos á su paso encuentra;
Los narcisos y blancas margaritas
Que apiñadas brillaban entre el musgo
Cual brillan las estrellas en la altura,
Los lirios perfumados, las violetas,
Los *miósotis*, azules como el cielo,
—Y que bordando la ribera undosa

Recordábanle al triste enamorado
Que de las aguas se sentaba al borde
Aquella dulce frase, ¡siempre inútil,
Mas repetida siempre!—*no me olvides*,—
Todo marchito y sepultado todo
Sin compasión, bajo el terrible peso
De los ya inertes troncos. La corriente
Mansa del Sar, entre sus ondas plácidas
Arrastrando en silencio los despojos
Del sagrado recinto, y de la dura
Hacha, los golpes, resonando huecos,
Cual suelen resonar los del martillo
Al remachar de un ataud los clavos...

Ya en el paraje agreste y escondido
Que tanto hemos amado, ya en el bello
Lugar en donde con afán las almas
Buscaban un refugio, y en alegres
Bandadas, al llegar la primavera
En unión de los pájaros, las gentes
De aire, de flores, y de luz ansiosas
Iban á respirar vida y perfumes,
De sus galas más ricas despojado
Hoy se levanta el monasterio antiguo
Como triste esqueleto. Aquel tan grato
Silencio misterioso que envolvia
Los agrietados muros, á regiones
Más dichosas quizás, huyó ligero
En busca de un asilo. Las campanas
De eco vibrante y musical, resuenan
De una manera sorda en el vacío,
Que sin piedad á su alrededor hicieron
Manos extrañas, y el rumor monótono

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De la fuente en el claustro solitario,
Parece sollozar por los jazmines,
Que cual la nieve blancos, las cornisas
Musgosas adornaban, y parece
Triste llamar, por la aldeana hermosa
Que lavaba sus lienzos en el agua
Siempre brillante del pilón de piedra
Que el roce de sus manos ha gastado
Y hoy buscan de otra fuente la frescura.

¡Lo vieron y callaron!... con silencio
Que causa asombro, y que contrista el alma!...

Si allá donde entre rosas y claveles
Arrastra el Turia sus revueltas ondas,
Nuestras manos talasen los jardines
Que plantaron los suyos, y aman ellos,
Su lábio, al rostro, de desprecio llenas
Una tras otra injuria nos lanzáran,
—¡Bárbaros!—exclamando.
Y si dijésemos
Que rosas y claveles perfumados
No valdrán nunca, pese á su hermosura,
Lo que un campo de trigo, y allí en donde
Las flores compitieran con las bellas,
Arrastrando el arado, la amarilla
Mies con afán sembráramos
—Mezquinos
Aún más que torpes son—prorumpirían
Los fieros hijos del jardín de España
Con rudo enojo levantando el grito.

Mas nosotros—si talan nuestros bosques
Que cuentan siglos... ¡quedan ya tan pocos!
Y agena voluntad su imperio ejerce
En lo que es nuestro, cosas de la vida,
Nos parecen quizás, vanas y fútiles
Que á nadie ofenden ni á ninguno importan
Sino es al que las hace, á soñadores
Que solo entienden de llorar sin trégua
Por los vivos y muertos... y aún acaso
Por las hermosas selvas que sin duelo
Indiferente el leñador destruye.

Pero qué... alguno exclamará indignado
Al oir mis lamentos.—¿Por ventura
La inmensa torre del reloj se ha hundido
Y no hay ya quien señale nuestras horas
Soñolientas y tardas, como el eco
Bronco de su campana formidable;
Ó en mis haciendas penetrando acaso
Osado criminal, ha puesto fuego
A las extensas eras ¿por qué gime
Así importuna esa mujer?
Yo inclino
La frente al suelo y contristada exclamo
Con el Mártir del Gólgota... *perdónales*
Señor por que no saben lo que dicen,
Mas ¡oh! ¡Señor! A consentir no vuelvas
Que de la helada indiferencia el soplo
Apague la protesta en nuestros labios,
Que es el silencio hermano de la muerte,
Y yo no quiero que mi patria muera,
Si no que como Lázaro ¡Dios bueno!
Resucite á la vida que ha perdido;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y con voz alta, que á la gloria llegue,
Le diga al mundo que Galicia existe,
Tan llena de valor, cual tú la has hecho,
Tan grande y tan feliz, cuanto es hermosa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

I

Unos con la calumnia le mancharon,
Otros falsos amores le han mentido,
Y aún que dudo si algunos le han querido
De cierto sé, que todos le olvidaron.

Solo sufrió, sin gloria ni esperanza,
Cuanto puede sufrir un sér viviente,
¿Por qué le preguntais qué amores siente
Y no qué odios alientan su venganza?

II

Si para que se llene y se desborde
El inmenso caudal de los agravios,
Quieren que nunca hasta sus lábios llegue
Mas que el duro y amargo
Pan, que el mendigo con dolor recoge
Y ablanda con su llanto,
Sucumbirá por fin, como sucumben

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los buenos y los bravos,
Cuando en batalla desigual les hiere
La mano del cobarde ó del tirano.

Y ellos entonces vivirán dichosos
Su victoria cantando,
Como el cárabo canta en su agujero
Y la rana en su charco.
Mas en tanto ellos cantan...—¡muchedumbre
Que nace y muere en los paternos campos
Siempre desconocida y siempre estéril!—
Triste la patria seguirá llorando,
Siempre oprimida y siempre,
De la ruindad y la ignorancia pasto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En su cárcel de espinos y rosas
Cantan y juegan mis pobres niños,
Hermosos seres, desde la cuna
Por la desgracia ya perseguidos.

En su cárcel se duermen soñando,
¡Cuán bello es el mundo cruel que no vieron,
Cuán ancha la tierra, cuán hondos los mares,
Cuán grande el espacio, que breve su huerto!

Y le envidian las alas al pájaro
Que traspone las cumbres y valles,
Y le dicen:—¿Qué has visto allá lejos
Golondrina que cruzas los aires?

Y despiertan soñando, y dormidos
Soñando se quedan,
Que ya son la nube flotante que pasa,
O ya son el ave ligera que vuela,
Tan lejos, tan lejos del nido, cual ellos
De su cárcel ir lejos quisieran.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

—¡Todos parten! exclaman,—tan solo,
Tan solo nosotros nos quedamos siempre!
¿Por qué quedar madre, por qué no llevarnos
Donde hay otro cielo, otro aire, otras gentes?

Yo en tanto bañados mis ojos, les miro
Y guardo silencio, pensando:—En la tierra
Adonde llevaros, mis pobres cautivos,
Que no hayan de ataros las mismas cadenas?
Del hombre, enemigo del hombre, no puede
Libraros, mis ángeles, la egida materna.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ya no mana la fuente, se agotó el manantial;
Ya el viajero allí nunca va su sed á apagar.

Ya no brota la yerba, ni florece el narciso,
Ni en los aires esparcen su fragancia los lirios.

Solo el cauce arenoso, de la seca corriente
Le recuerda al sediento, el horror de la muerte.

¡Mas no importa! á lo lejos otro arroyo murmura
Donde humildes violetas el espacio perfuman.

Y de un sauce al ramaje, al mirarse en las ondas
Tiende en torno del agua su fresquísima sombra.

El sediento viajero que el camino atraviesa,
Humedece los labios en la linfa serena
Del arroyo que el arbol con sus ramas sombrea,
Y dichoso se olvida de la fuente ya seca.

* * *

Cenicientas las aguas, los desnudos
Arboles y los montes cenicientos,
Parda la bruma que los vela y pardas
Las nubes que atraviesan por el cielo,
Triste, en la tierra, el color gris domina
¡El color de los viejos!

De cuando en cuando de la lluvia el sordo
Rumor suena, y el viento
Al pasar por el bosque
Silva ó finge lamentos
Tan extraños, tan hondos y dolientes
Que parece que llaman por los muertos.

Seguido del mastín, que helado tiembla,
El labrador envuelto
En su capa de juncos cruza el monte;
El campo está desierto,
Y tan solo á los charcos que negrean
Del ancho prado entre el verdor intenso
Posa al vuelo la blanca gaviota
Mientras graznan los cuervos.

Yo desde mi ventana,
Que azotan los airados elementos,
Regocijada y pensativa escucho

El discorde concierto
Simpático á mi alma...
¡Oh, mi amigo el invierno!
Mil y mil veces bien venido seas
Mi sombrío y adusto compañero.
¿No eres acaso el precursor dichoso
Del tibio Mayo y del Abril risueño?
¡Ah! si el invierno triste de la vida
Como tú de las flores y los céfiros
También precursor fuera de la hermosa
Y eterna primavera de mis sueños!!...

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

I

Era la última noche
La noche de las tristes despedidas
Y apenas si una lágrima empañaba
Sus serenas pupilas.
Como el criado que deja
Al amo que le hostiga
Arreglando su hatillo, murmuraba
Casi con la emoción de la alegría:

—¡Llorar! ¿por qué? fortuna es que podamos
Abandonar nuestras humildes tierras;
El duro pan que nos negó la patria,
Por mas que los extraños nos maltraten,
No ha de faltarnos en la patria agena.

Y los hijos contentos se sonrien,
Y la esposa, aunque triste, se consuela
Con la firme esperanza
De que el que parte ha de volver por ella.

Pensar que han de partir, ese es el sueño
Que dá fuerza en su angustia á los que quedan;
Cuánto en tí pueden padecer ¡oh, patria!
¡Si ya tus hijos sin dolor te dejan!

II

Como á impulsos de lenta
Enfermedad, hoy cien, y cien mañana,
Hasta perder la cuenta,
Racimo tras racimo se desgrana.

Paloma que la zorra y el milano
A auyentar van, del palomar nativo
Parten con el afán del fugitivo,
Y parten quizás en vano.

Pues al posar el fatigado vuelo
Acaso en el confín de otra llanura,
Ven agostarse el fruto que madura
Y el águila cerniéndose en el cielo.

¡VOLVED!

I

BIEN sabe Dios que siempre, me arrancan tristes [lágrimas
Aquellos que nos dejan,
Pero aún más me lastiman y me llenan de luto
Los que á volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guie!... pobres desheredados,
Para quienes no hay sitio en la hostigada tierra;
Partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,
Pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,
Como en la propia tierra en la agena descansa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

II

Volved, que os aseguro
Que al pié de cada arroyo y cada fuente
De linfa trasparente,
Donde se reflejó vuestro semblante,
Y en cada viejo muro
Que os prestó sombra cuando niños erais
Y jugabais inquietos,
Y que escuchó más tarde los secretos
Del que ya adolescente
Ó mozo enamorado,
En el soto, en el monte y en el prado,
Donde quiera que un día
Os guió el pié ligero...,
Yo os lo digo y os juro,
Que hay génios misteriosos,
Que os llaman tan sentidos y amorosos
Y con tan hondo y dolorido acento,
Que hacen más triste el suspirar del viento,
Cuando en las noches del invierno duro
De vuestro hogar que entristeció el ausente.
Discurren por los ámbitos medrosos,
Y en las eras sollozan silenciosos,
Y van del monte al río
Llenos de luto y siempre murmurando:
¡Partieron!... ¿hasta cuándo?
¡Qué soledad! ¿no volverán, Dios mío?
. . . . . .
. . . . . .

Tornó la golondrina al viejo nido
Y al ver los muros y el hogar desierto,
Preguntóle á la brisa—¿Es que se han muerto?
Y ella en silencio respondió,—¡se han ido
Como el barco perdido
Que para siempre ha abandonado el puerto!

CAMINO blanco, viejo camino,
Desigual, pedregoso y estrecho,
Donde el eco apacible resuena
Del arroyo que pasa bullendo,
Y en donde detiene su vuelo inconstante,
O el paso ligero,
De la fruta que brota en las zarzas
Buscando el sabroso y agreste alimento,
El gorrión adusto,
Los niños hambrientos,
Las cabras monteses
Y el perro sin dueño...
Blanca senda, camino olvidado,
¡Bullicioso y alegre otro tiempo!
Del que solo y á pié, de la vida
Va andando su larga jornada, más bello
Y agradable á los ojos pareces
Cuanto más solitario y más yermo.
Que al cruzar por la ruta espaciosa
Donde lucen sus trenes soberbios
Los dichosos del mundo, descalzo,
Sudoroso y de polvo cubierto,
¡Qué extrañeza y profundo desvío,
Infunde en las almas el pobre viajero!

*
* *

Aún parece que asoman tras del Miranda altivo
De Mayo los albores ¡y pasó ya Setiembre!
Aún parece que torna la errante golondrina
Y en pós de otras regiones, ya el raudo vuelo tiende.

Ayer flores y aromas, ayer canto de pájaros
Y mares de verdura, y de doradas mieses;
Hoy nubes que sombrías hacia Occidente avanzan,
El brillo del relámpago y el eco del torrente.

Pasó, pasó el verano, rápido como pasa
Un venturoso sueño del amor en la fiebre,
Y ya secas las hojas en las ramas desnudas
Tiemblan descoloridas esperando la muerte.

¡Ah! cuando en esas noches tormentosas y largas
La luna brille á intervalos sobre la blanca nieve,
¡De cuántos, que dichosos ayer la contemplaron
Alumbrarán la tumba sus rayos transparentes!

*
* *

Cerrado capullo de pálidas tintas,
Modesta hermosura de frente graciosa
¿Por quién has perdido la paz de tu alma?
¿A quien regalaste la miel de tu boca?

A quien te detesta quizás, y le causan
Enojo tus lábios de cándido aroma,
Porque busca la rosa encendida
Que abre al sol de la tarde sus hojas.

*
* *

En sus ojos rasgados y azules
Donde brilla el candor de los ángeles,
Ver creía la sombra siniestra
De todos los males.

En sus anchas y negras pupilas,
Donde luz y tinieblas combaten,
Ver creía el sereno y hermoso
Resplandor de la dicha inefable.

Del amor espejismos traidores,
Risueños, fugaces...
Cuando vuestro fulgor sobrehumano
Se disipa... ¡qué densas!... ¡qué grandes
Son las sombras que envuelven las almas
A quienes con vuestros reflejos cegásteis!

*
* *

Fué cielo de su espíritu, fué sueño de sus sueños,
Y vida de su vida, y aliento de su aliento;
Y fué, desde que rota cayó la venda al suelo,
Algo que mata el alma, y que envilece el cuerpo.

De la vida en la lucha perenne y fatigosa
Siempre el ansia incesante y el mismo anhelo siempre;
Que no ha de tener término sino cuando cerrados,
Ya duerman nuestros ojos, el sueño de la muerte.

* * *

—Te amo... ¿por qué me odias?
—Te odio... ¿por qué me amas?
Secreto es este el más triste
Y misterioso del alma.

Mas ello es verdad... ¡Verdad
Dura y atormentadora!
—Me odias, por que te amo,
Te amo, porque me odias.

* * *

Nada me importa blanca ó negra mariposa,
Que dichas anunciándome ó malhadadas nuevas,
En torno de mi lámpara ó de mi frente en torno,
Os agiteis inquietas.

La venturosa copa del placer para siempre
Rota á mis piés está,
Y en la del dolor llena... ¡llena hasta desbordarse!
Ni penas ni amarguras pueden caber ya más.

*
* *

Muda la luna y como siempre pálida
Mientras recorre la azulada esfera,
Seguida de su séquito
De nubes y de estrellas,
Rencorosa despierta en mi memoria
Yo no sé que fantasmas y quimeras.

Y con sus dulces misteriosos rayos
Derrama en mis entrañas tanta hiel,
Que pienso con placer que ella, la *eterna*,
Ha de pasar también.

*
* *

Nos dicen que se adoran la aurora y el crepúsculo,
Mas entre el sol que nace y el que triste declina,
Medió siempre el abismo que media entre la cuna
Y el sepulcro en la vida.

Pero llegará un tiempo quizás, cuando los siglos
No se cuenten y el mundo por siempre haya pasado,
En el que nunca tornen tras de la noche el alba
Ni se hunda entre las sombras del sol el tibio rayo.

Si de lo eterno entonces en el mar infinito
Todo aquello que ha sido ha de vivir más tarde,
Acaso alba y crepúsculo, si en lo inmenso se encuentran,
En uno se confundan para no separarse.

Para no separarse... ¡ilusión bienhechora
De inmortal esperanza, cual las que el hombre inventa
¿Mas quién sabe si en tanto hacia su fin caminan
Como el hombre, los astros con ser eternos sueñan?

* * *

Una sombra tristísima, indefinible y vaga,
Como lo incierto siempre ante mis ojos vá,
Tras de otra vaga sombra que sin cesar la huye,
Corriendo sin cesar.
Ignoro su destino... mas no sé por qué temo
Al ver su ánsia mortal,
Que ni han de parar nunca, ni encontrarse jamás.

LAS CANCIONES QUE OYO LA NIÑA

UNA

Tras de los limpios cristales
Se agitaba la blanca cortina,
Y adiviné que tu aliento
Perfumado la movía.

Sola estabas en tu alcoba,
Y detrás de la tela blanquísima
Te ocultabas, ¡cruel! á mis ojos...
Mas mis ojos te veían.

Con cerrojos cerraste la puerta,
Pero yo penetré en tu aposento,
A través de las gruesas paredes,
Cual penetran los espectros;
Por que no hay para el alma cerrojos,
Angel de mis pensamientos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Codicioso admiré tu hermosura,
Y al sorprender los misterios
Que á mis ojos velabas... ¡perdóname!
Te estreché contra mi seno.

Mas... me ahogaba el aroma purísimo
Que exhalabas de tu pecho,
Y hube de soltar mi presa
Lleno de remordimiento.

Te seguiré á donde vayas
Aunque te vayas muy lejos,
Y en vano echarás cerrojos
Para guardar tus secretos;
Porque no impedirá que mi espíritu
Pueda llegar hasta ellos.

Pero... ya no me temas, bien mío,
Que aunque sorprenda tu sueño
Y aunque en tanto estés dormida
A tu lado me tienda en tu lecho,
Contemplaré tu semblante,
Mas no tocaré tu cuerpo,
Pues lo impide el aroma purísimo
Que se exhala de tu seno.
Y como ahuyenta la aurora
Los vapores soñolientos
De la noche callada y sombría,
Así ahuyenta mis malos deseos.

OTRA.

Hoy uno y otro mañana
Rodando, rodando el mundo,
Si cual te amé no amaste todavía,
Al fin ha de llegar el amor tuyo.

¡Y yo no quiero que llegue!...
Ni que ames nunca cual te amé, á ninguno,
Antes que te abras de otro sol al rayo,
Véate yo secar fresco capullo.

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

LA CANCIÓN

QUE OYÓ EN SUEÑOS EL VIEJO

A la luz de esa aurora primaveral, tu pecho
Vuelve á agitarse ansioso de glorias y de amor,
¡Loco!... corre á esconderte en el asilo oscuro
Donde ya no penetra la viva luz del sol.

Aquí tu sangre torna á circular activa,
Y tus pasiones tornan á rejuvenecer...,
Huye hacia el antro en donde aguarda resignada,
Por la infalible muerte, la implacable vejez.

Sonrisa en labio enjuto, hiela y repele á un tiempo;
Flores sobre un cadáver, causan al alma espanto:
Ni flores, ni sonrisas, ni sol de primavera
Busques, cuando tu vida llegó triste á su ocaso.

I

Su ciega y loca fantasía, corrió arrastrada por el vértigo,
Tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcon que cae herido en la laguna pestilente,
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siempre.

Mas aun sin alas crée ó sueña, que cruza el aire, los espacios,
Y aun entre el lodo se vé limpio cual de la nieve el copo blanco.

II

No maldigais del que ya ebrio, corre á beber con nuevo afán;
Su eterna sed es quien le lleva hacia la frente abrasadora,
Cuánto más bebe á beber más.

No murmureis del que rendido ya bajo el peso de la vida
Quiere vivir y aun quiere amar,
La sed del beodo es insaciable y la del alma lo es aún más.

III

Cuando todos los velos se han descorrido
Y ya no hay nada oculto para los ojos,
Ni ninguna hermosura nos causa antojos
Ni recordar sabemos que hemos querido;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Aun en lo más profundo del pecho helado
Como entre las cenizas, la chispa ardiente,
Con sus puras sonrisas de adolescente,
Vive oculto el fantasma del bien soñado.

En el alma llevaba un pensamiento,
Una duda, un pesar,
Tan grandes como el ancho firmamento
Tan hondos como el mar.

De su alma en lo mas árido y profundo
Fresca brotó de súbito una rosa,
Como brota una fuente en el desierto,
O un lirio entre las grietas de una roca.

*
* *

Cuando en las nubes hay tormenta
Suele también haberla en su pecho,
Mas nunca hay calma en él, aun cuando
La calma reine en tierra y cielo;
Por que es entonces cuando torvos
Cual nunca riñen sus pensamientos.

*
* *

Desbórdanse los ríos si engrosan su corriente
Los múltiples arroyos que de los montes bajan,
Y cuando de las penas el caudal abundoso,
Se aumenta con los males perennes y las ansias,
¿Cómo contener, cómo, en el labio la queja?
¿Cómo no desbordarse la cólera en el alma?

*
* *

Busca y anhela el sosiego...
Mas... ¿quién le sosegará?
Con lo que sueña despierto
Dormido vuelve á soñar.
Que hoy, como ayer y mañana
Cuál hoy en su eterno afán,
De hallar el bien que ambiciona
—Cuando solo encuentra el mal—
Siempre á soñar condenado
Nunca puede sosegar.

*
* *

¡Aturde la confusa gritería
Que se levanta entre la turba inmensa!
Ya no saben qué quieren, ni qué piden,
Mas embriagados de soberbia, buscan
Un ídolo ó una víctima á quien hieran.

Brutales son sus iras,
Y aun quizás mas brutales sus amores,
No provoqueis al mónstruo de cien brazos,
Como la ciega tempestad terrible,
Ya ardiente os ame ó fríamente os odie.

* * *

Cuando sopla el Norte duro
Y arde en el hogar el fuego,
Y ellos pasan por mi puerta
Flacos, desnudos y hambrientos,
El frío hiela mi espíritu,
Como debe helar su cuerpo,
Y mi corazón se queda
Al verles ir sin consuelo,
Cuál ellos, opreso y triste,
Desconsolado cuál ellos.

Era niño y ya perdiera
La costumbre de llorar,
La miseria seca el alma
Y los ojos además:
Era niño y parecía
Por sus hechos viejo ya.

Experiencia del mendigo,
Era precóz como el mal,
Implacable como el odio,
Dura como la verdad.

* * *

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,
No, no busqueis la imágen de la eterna belleza,
Ni en el contento y harto seno de los placeres,
Ni del dolor acerbo en la dura aspereza.

Ya es átomo impalpable ó inmensidad que asombra,
Aspiración celeste, revelación callada;
La comprende el espíritu y el labio no la nombra,
Y en sus hondos abismos la mente se anonada.

I

QUISIERA, hermosa mía,
A quien aun más que á Dios amo y venero,
Ciego creer que éste tu amor primero,
Ser por mi dicha el último podría.
Mas...
—¡Qué! ¡gran Dios, lo duda todavía!

—¡Oh! vírgen candorosa,
¿Por qué no he de dudarlo al ver que muero
Si aún viviendo también lo dudaría?

—Tu sospecha me ofende,
Y tanto me lastima y me sorprende
Oirla de tu lábio,
Que pienso llegaría
A matarme lo injusto del agravio.

—¡A matarla; la hermosa criatura
Que apenas cuenta quince primaveras!...
¡Nunca!... ¡vive, mi santa, y no te mueras.

—Mi corazón, de asombro y dolor llenos,

—¡Ah! siento más tus penas que mis penas,

—¿Por qué, pues, me hablas de morir?
—¡Dios mío!
¿Por qué ya del sepulcro el viento frio
Lleva mi nave al ignorado puerto.

—¡No puede ser!... mas oye: ¡vivo ó muerto
Tú sólo y para siempre!... te lo juro.

—No hay por qué jurar; mas si tan bello
Sueño al fin se cumpliera, sin enojos
Cerrando en paz los fatigados ojos,
Fuera á esperarte á mi sepulcro oscuro,
Pero... es tan inconstante y tan liviano
El flaco y débil corazón humano,
Que lo pienso, alma mía, y te lo digo,
Serás feliz más tarde ó más temprano.

Y en tanto ella llorando protestaba,
Y él sonriendo, irónico y sombrío,
En sus amantes brazos la estrechaba.

Cantaba un grillo en el vecino muro,
Y cual mudo testigo
La luna, que en el cielo se elevaba,
Sobre ambos reflejaba
Su fulgor siempre casto y siempre amigo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Castro, Rosalía de

12-C-56

pags. 14-15 Era apacible el día.

61-63 'Volved!'

99-100 En los ecos de órgano.

II

De polvo y fango nacidos
Fango y polvo nos tornamos:
¿Por qué, pues, tanto luchamos
Si hemos de caer vencidos?

Cuando esto piensa humilde y temerosa
Como tiembla la rosa
Del viento al soplo airado,
Tiembla y busca el rincón más ignorado
Para morir en paz si no dichosa.

III

Los astros son innúmeros, al cielo
No se le encuentra fin,
Y este pequeño mundo que habitamos,
Y que parece un punto en el espacio,
Inmenso es para mí.

Despues... tantos y tantos
Cual las arenas del profundo mar,
Seres que nacen á la vida, y seres
Que sin parar su rápida carrera
Incierta siempre, vienen ó se ván.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que se ván ó se mueren, esta duda
Es en verdad cruel,
Pero ello es que nos vamos ó nos dejan
Sin saber si despues de separarnos
Volveremos á hallarnos otra vez.

IV

Y como todo al cabo
Tarde ó temprano en este mundo pasa,
Lo que al principio eterno parecía,
Dió término á la larga.

¿Le mataron acaso, ó es que se ha muerto,
De suyo aquello que quedara aún vivo?
Imposible es saberlo, como nadie
Sabe al quedar dormido
En que momento ha aprisionado el sueño
Sus despiertos sentidos.

V

¡Qué cuando le ha olvidado!
¿Quién lo recuerda en la mudable vida,
Ni puede asegurar, si es que la herida
Del viejo amor, con otro se ha curado?

¡Transcurrió el tiempo!—inevitable era,
Que trascurriese—y otro amante vino,
A hacerse canteloso su camino,
Por donde el muerto amante ya lo hiciera.

VI

De pronto el corazón con ansia extrema
Mezclada á un tiempo de placer y espanto,
Latió, mientras su labio murmuraba:
No, los muertos no vuelven de sus antros!...

Él era y no era él, mas su recuerdo
Dormido en lo profundo
Del alma, despertóse con violencia
Rencoroso y adusto.

—No soy yo, ¡pero soy!—murmuró el viento,
Y vuelvo amada mía,
Desde la eternidad para dejarte
Ver otra vez mi incrédula sonrisa.

—¡Aún has de ser feliz! te dije un tiempo,
Cuando me hallaba al borde de la tumba,
Aún has de amar; y tú con fiero enojo
Me respondiste—¡Nunca!

—¡Ah! ¿Del mudable corazón has visto
Los recónditos pliegues?
Volví á decirte, y tú llorando á mares
Repetiste:—Tú solo, y para siempre.

Despues, era una noche como aquéllas,
Y un rayo de la luna, el mismo acaso
Que á tí y á mí nos alumbró importuno,
Os alumbraba á entrambos.

Cantaba un grillo en el vecino muro
Y todo era silencio en la campiña;
¿No te acuerdas mujer? Yo vine entonces,
Sombra, remordimiento ó pesadilla.

Mas tú engañada recordando al muerto,
Pero también del vivo enamorada,
Te olvidaste del cielo y de la tierra
Y condenaste el alma.

Una vez, una sola
Aterrada volviste de tí misma,
Como para sentir mejor la muerte
De la sima al caer vuelve la víctima.

Y aun entonces, ¡extraño cuanto horrible
Reflejo del pasado!
El abrazo convulso de tu amante
Te recordó, mujer, nuestros abrazos.

¡Aún has de ser feliz! te dije un tiempo
Y me engañé; no puede
Serlo, quien lleva la traición por guía,
Y á su sombra mortífera se duerme.

¡Aún has de amar! te repetí, y amaste,
Y protector asilo,
Diste desventurada á una serpiente
En aquel corazón, que fuera mío.

Emponzoñada estás, odios y penas
Te acosan y persiguen,
Y yo casi con lástima contemplo
Tu pecado y tu mancha irredimibles.

¡Mas vengativo, al cabo yo te amaba
Ardientemente, yo te amo todavía!
Vuelvo para dejarte
Ver otra vez mi incrédula sonrisa.

I

En mi pequeño huerto
Brilla la sonrosada margarita.
Tan fecunda y humilde,
Como agreste y sencilla.

Ella borda primores en el cesped,
Y finge maravillas
Entre el fresco verdor de las praderas
Do proyectan sus sombras las encinas,
Y á orillas de la fuente y del arroyo
Que recorre en silencio las umbrías.

Y aun cuando el pié la huella, ella revive
Y vuelve á levantarse siempre limpia,
A semejanza de las almas blancas
Que en vano quiere ennegrecer la envidia.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

II

Cuando llega Diciembre y las lluvias abundan,
Ellas con las acacias, tornan á florecer,
Tan puras y tan frescas y tan llenas de aroma
Como aquéllas que un tiempo con fervor adoré.

¡Loca ilusión la mía es en verdad, bien loca
Cuando mi propia mano honda tumba les dió.
Y ya no son aquéllas, en cuyas hojas pálidas,
Deposité mis besos!... ni yo la misma soy.

Todas las campanas con eco pausado
Doblaron á muerto,
Las de la basílica, las de las iglesias,
Las de los conventos,
Desde el alba hasta entrada la noche
No cesó el funeral clamoreo:
¡Qué pompa! ¡Qué lujo!
¡Qué fausto! ¡Qué entierro!

—

Pero no hubo ni adioses ni lágrimas,
Ni suspiros en torno del féretro...,
¡Grandes voces si que hubo!... y cantáronle
Cuando le enterraron, un *requiem* soberbio.

* * *

Siente unas lástimas,
¡Pero qué lástimas!...
Y tan extrañas y hondas ternuras...
¡Pero qué extrañas!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Llora á mares por ellos
Les viste la mortaja
Y les hace las honras...
Despues de que los mata.

*
* *

De la noche en el vago silencio
Cuando duermen ó sueñan las flores
Mientras ella despierta, combate
Contra el fuego de ocultas pasiones,
Y de su ángel guardián el auxilio
Implora invocando piadosa su nombre;
El de ayer, el de hoy, el de siempre,
Fiel amigo del mal,
Mefistófeles,
En los hilos oculto, del lino
Finísimo y blanco cuál copo de espuma,
En donde ella aún más blanca reclina
La cabeza rubia,
Así astuto y sagáz al oido
De la hermosa, en silencio, murmura:

«Goza aquél de la vida, y se rie
Y peca sin miedo del hoy y el mañana,
Mientras tú con ayunos y rezos
Y negros terrores tus horas amargas.»

«Si del hombre la vida en la tumba
¡Oh, bella se acaba,
Qué profundo y cruel desengaño,
Que chanza pesada
Te juega la suerte,
Le espera á tu alma!»

* * *

A la sombra te sientas de las desnudas rocas,
Y en el rincón te ocultas donde zumba el insecto,
Y allí donde las aguas estancadas dormitan
Y no hay hermanos seres que interrumpan tus sueños.
¡Quién supiera en qué piensas, amor de mis amores,
Cuando con leve paso y contenido aliento
Temblando á que percibas mi agitación extrema
Allí donde te escondes, ansiosa te sorprendo!

—¡Curiosidad maldita! frio aguijón que hieres
Las femeninas almas, los varoniles pechos,
Tu fuerza impele al hombre á que busque la hondura
Del desencanto amargo y á que remueva el cieno
Donde se forman siempre los miasmas infectos,

—¿Qué has dicho de amargura y cieno y desencanto?
¡Ah! no pronuncies frases, mi bien, que no comprendo,
Dime sólo en qué piensas cuando de mí te apartas
Y huyendo de los hombres vas buscando el silencio.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

—Pienso en cosas tan tristes á veces y tan negras
Y en otras tan extrañas y tan hermosas pienso,
Que... no lo sabrás nunca, por que lo que se ignora
No nos daña si es malo, ni perturba si es bueno.
Yo te lo digo niña, á quien de veras amo,
Encierra el alma humana tan profundos misterios,
Que cuando á nuestros ojos un velo los oculta
Es temeraria empresa descorrer ese velo;
No pienses, pues, bien mio, no pienses en qué pienso.

—Pensaré noche y dia, pues sin saberlo muero,

Y cuenta que lo supo, y que la mató entonces
La pena de saberlo.

Cuido una planta bella
Que ama y busca la sombra
Como la busca un alma.
Huérfana, triste, enamorada y sola,
Y allí donde jamás la luz del dia
Llega sino á través de las umbrosas
Ramas de un mirto y los cristales turbios
De una ventana angosta,
Ella vive tan fresca y perfumada
Y se torna más bella y más frondosa
Y languidece y se marchita y muere
Cuando un rayo de sol besa sus hojas

—

Para el pájaro el aire, para el musgo la roca,
Los mares para el alga, Mayo para las rosas,
Que todo sér ó planta va buscando
Su natural atmósfera,
Y sucumbe bien pronto si es que á ella
Oculta mano, sin piedad la roba.

—

Solo el humano espíritu al rodar desquiciado
Desde su órbita á mundos tristes y desolados,

Ni sucumbe ni muere; que del dolor el mazo
Fuerte, que abate el polvo y que quebranta el barro
Mortal, romper no puede, ni desatar los lazos
Que con lo eterno le unen por misterioso arcano.

Por eso yo que anhelo que el refulgente astro
Del dia calor preste á mis miembros helados,
Aún aliento y resisto, sin luz y sin espacio
Como la planta bella que odia del sol el rayo.

Ya que otra luz más viva que la del sol dorado
Y otro calor más dulce en mi alma penetrando,
Me anima y me sustenta con su secreto halago
Y da luz á mis ojos por el dolor cegados.

I

En los ecos del órgano, ó en el rumor del viento,
En el fulgor de un astro ó en la gota de lluvia,
Te adivinaba en todo y en todo te buscaba,
Sin encontrarte nunca.

Quizás después te ha hallado, te ha hallado y te ha perdido
Otra vez, de la vida en la batalla ruda,
Ya que sigue buscándote y te adivina en todo,
Sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,
Hermosura sin nombre, pero perfecta y única
Por eso vive triste, por que te busca siempre,
Sin encontrarte nunca.

II

Yo no sé lo que busco eternamente
En la tierra, en el aire y en el cielo,
Yo no sé lo que busco, pero es algo
Que perdí no se cuando y que no encuentro,
Aun cuando sueñe que invisible habita
En todo cuanto toco y cuanto veo.

Felicidad, no he volver á hallarte
En la tierra, en el aire, ni en el cielo,
¡Aun cuando sé que existes
Y no eres vano sueño!

SANTA ESCOLASTICA

I

Una tarde de Abril, en que la ténue
Llovizna triste, humedecía en silencio
De las desiertas calles las baldosas,
Mientras en los espacios resonaban
Las campanas con lentas vibraciones:
Dime á marchar, huyendo de mi sombra

Bochornoso calor que enerva y rinde,
Si se cierne en la altura la tormenta,
Tornará el aire irrespirable y denso.
Y el alma ansiosa, y anhelante el pecho
A impulsos del instinto iban buscando,
Puro aliento en la tierra y en el cielo.

Soplo mortal creyérase que había
Dejado el mundo sin piedad desierto,
Convirtiendo en sepulcro á Compostela.

Que en la santa ciudad, grave y vetusta
No hay rumores que turben importunos
La paz ansiada en la apacible siesta.

II

—¡Cementerio de vivos!... murmuraba
Yo, al cruzar por las plazas silenciosas,
Que otros días de glorias nos recuerdan.
¿Es verdad que hubo aquí nombres famosos,
Guerreros indomables, grandes almas?
¿Dónde hoy su raza varonil alienta?

La airosa puerta de Fonseca, muda,
Me mostró sus estatuas y relieves
Primorosos, encanto del artista,
Y del gran hospital, la incomparable
Obra del génio, ante mis tristes ojos,
En el espacio dibujóse altiva.

Despues la catedral... palacio místico
De atrevidas románicas arcadas:
Y con su Gloria de bellezas llena.
Me pareció al mirarla que quería
Sobre mi frente, desplomar ya en ruinas,
De sus torres la mole gigantesca.

Volví entonces el rostro, extremecida
Hacia donde atrevida se destaca,
Del Cebedeo la celeste imágen:

Como el alma del mártir, blanca y bella,
Y vencedora en su caballo airoso,
Que galopando en triunfo rasga el aire.

Y bajo el arco oscuro, en donde eterno
Del oculto torrente el rumor suena,
Me deslicé cual corza fugitiva,
Siempre andando al azar, con aquel paso
Errante, del que busca en donde pueda
De sí arrojar el peso de la vida.

Atrás quedaba aquella calle adusta,
Camino de los frailes y los muertos,
Siempre vacía y misteriosa siempre,
Con sus manchas de sombra gigantescas
Y sus claros de luz, que hacen más triste
La soledad, y que los ojos hieren.

Y en tanto... la llovizna, como todo,
Lo manso terca, sin cesar regaba
Campos y plazas, calles y conventos
Que iluminaba el sol con rayo oblicuo
A través de los húmedos vapores,
Blanquecinos á veces, otras negros.

III

Ciudad extraña, hermosa y fea á un tiempo,
A un tiempo apetecida y detestada,
Cual sér que nos atrae y nos desdeña.

Algo hay en tí que apaga el entusiasmo,
Y del mundo feliz de los ensueños
Á la aridéz de la verdad nos lleva.
¡De la verdad!... ¡del asesino honrado
Que impasible nos mata y nos entierra!
. . . . . .

¡Y yo quería morir! La sin entrañas
Sin conmoverse, me mostrara el negro
Y oculto abismo que á mis piés abrieran,
Y helándome la sangre, friamente,
De amor y de esperanza me dejara
Con solo un golpe, para siempre huérfana.

«¡La gloria es humo! El cielo está tan alto
Y tan bajos nosotros, que la tierra
Que nos ha dado volverá á absorbernos.
Afanarse y luchar, cuando es el hombre
Mortal ingrato y nula la victoria,
¿Por qué, aunque haya Dios, vence el infierno?»

Así del dolor víctima, el espíritu
Se rebelaba contra cielo y tierra...
Mientras mi pié inseguro caminaba;
Cuando de par en par ví abierto el templo
De fieles despoblado, y donde apenas
Su resplandor las lámparas lanzaban.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

IV

Majestad de los templos, mi alma femenina
Te siente, como siente las maternas dulzuras,
Las inquietudes vagas, las ternuras secretas
Y el temor á lo oculto tras de la inmensa altura.

¡Oh, majestad sagrada! en nuestra húmeda tierra
Más grande eres y augusta que en donde el sol ardiente,
Inquieta con sus rayos vivísimos las sombras,
Qué al pié de los altares, oran, velan ó duermen.

Bajo las anchas bóvedas, mis pasos silenciosos
Resonaron con eco armonioso y pausado,
Cual resuena en la gruta la gota cristalina
Que lenta se desprende sobre el verdoso charco.

Y aún más que los acentos del órgano y la música
Sagrada, conmovióme aquel silencio místico
Que llenaba el espacio de indefinidas notas,
Tan sólo perceptibles al conturbado espíritu.

Del incienso y la cera, el acusado aroma
Que impregnaba la atmósfera que allí se respiraba,
No sé por qué, de pronto, despertó en mis sentidos
De tiempos más dichosos reminiscencias largas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y mi mirada inquieta, cual buscando refugio
Para el alma, que sola luchaba entre tinieblas,
Recorrió los altares, esperando que acaso
Algun rayo celeste brillase al fin en ella.

Y... ¡no fué vano empeño ni ilusión engañosa!...
Suave, tibia, pálida la luz rasgó la bruma
Y penetró en el templo, cual entra la alegría
De súbito en el pecho que las penas anublan.

¡Ya yo no estaba sola!... En armonioso grupo,
Como visión soñada, se dibujó en el aire
De un ángel y una santa el contorno divino,
Que en un nimbo envolvía, vago el sol de la tarde.

Aquel candor, aquellos delicados perfiles
De celestial belleza, y la inmortal sonrisa
Que hace entreabrir los labios del dulce mensajero
Mientras contempla el rostro de la vírgen dormida.

En el sueño del éxtasis, y en cuya frente casta
Se transparentan el fuego del amor puro y santo,
Más ardiente y más hondo que todos los amores
Que pudo abrigar nunca el corazón humano:

Aquel grupo que deja absorto el pensamiento,
Que impresiona el espíritu y asombra la mirada,
Me hirió calladamente, como hiere los ojos
Cegados por la noche, la blanca luz del alba.

Todo cuanto en mí había de pasión y ternura,
De entusiasmo ferviente y gloriosos empeños,
Ante el sueño admirable que realizó el artista,
Volviendo á tomar vida, resucitó en mi pecho.

Sentí otra vez el fuego que ilumina y que crea
Los secretos anhelos, los amores sin nombre,
Que como al arpa eólica el viento, al alma arranca
Sus notas más vibrantes, sus más dulces canciones.

Y orando y bendiciendo al que és todo hermosura,
Se dobló mi rodilla, mi frente se inclinó
Ante Él, y conturbada, exclamé de repente:
¡Hay arte! ¡Hay poesía!... debe haber cielo, ¡hay Dios!

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,
Ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros,
Lo dicen; pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso
De mí murmuran y exclaman:
Ahí va la loca, soñando,
Con la eterna primavera, de la vida y de los campos
Y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos
Y ve temblando aterida, que cubre la escarcha el prado.

—Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha,
Mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
Con la eterna primavera de la vida que se apaga
Y la perenne frescura de los campos y las almas,
Aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmureis de mis sueños,
Sin ellos, ¿cómo admiraros ni como vivir sin ellos?

*
* *

Cada vez que recuerda tanto oprobio,
Cada vez digo ¡y lo recuerda siempre!...
Avergonzada su alma
Quisiera en el no sér desvanecerse,
Como la blanca nube
En el espacio azul se desvanece.

¡Recuerdo... lo que halaga hasta el delirio
O dá dolor hasta causar la muerte!...
No, no es solo recuerdo,
Sino que es juntamente
El pasado, el presente, el infinito,
Lo que fué, lo que es y ha de ser siempre.

*
* *

Recuerda el trinar del ave
Y el chasquido de los besos,
Los rumores de la selva,
Cuando en ella gime el viento,
Y del mar las tempestades,
Y la bronca voz del trueno,
Todo halla un eco en las cuerdas
Del arpa que pulsa el génio.

Pero aquel sordo latido
Del corazón que está enfermo
De muerte, y que de amor muere
Y que resuena en el pecho
Como un bordón que se rompe
Dentro de un sepulcro hueco,
Es tan triste y melancólico,
Tan terrible y tan supremo
Que jamás el génio pudo
Repetirlo con sus ecos.

* * *

Del mar azul las transparentes olas
Mientras blandas murmuran
Sobre la arena, hasta mis piés rodando,
Tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde,
Lánzanme airosas su nevada espuma
Y pienso que me llaman, que me atraen
Hacia sus salas húmedas.

Mas cuando ansiosa quiero
Seguirlas por la líquida llanura,
Se hunde mi pié en la linfa transparente
Y ellas de mí se burlan.
Y huyen abandonándome en la playa
A la terrena, inacabable lucha,
Como en las tristes playas de la vida
Me abandonó inconstante la fortuna.

* * *

Si medito en tu eterna grandeza,
Buen Dios á quien nunca veo,
Y levanto asombrada los ojos,
Hacia el alto firmamento,
Que llenaste de mundos y mundos...
Toda conturbada, pienso,
Que soy menos que un átomo leve,
Perdido en el universo,
Nada en fin... y que al cabo en la nada,
Han de perderse mis restos.

Mas si cuando el dolor y la duda,
Me atormentan, corro al templo,
Y á los piés de la Cruz me refugio,
Busco ansiosa implorando remedio,
De Jesús el cruento martirio
Tanto conmueve mi pecho,
Y adivino tan dulces promesas
En sus dolores acerbos,
Que cual niño que reposa,
En el regazo materno,
Despues de llorar, tranquila
Tras la espiación espero,
Que allá donde Dios habita,
He de proseguir viviendo.

I

Los que á través de sus lágrimas,
Sin esfuerzo ni violencia,
Abren paso en el alma afligida
Al nuevo placer que llega;

Los que tras de las fatigas
De una existencia azarosa,
Al dar término al rudo combate
Cogen larga cosecha de gloria;

Y en fin, todos los dichosos,
Cuyo reino es de este mundo,
Y dudando ó creyendo en el otro
De la tierra se llevan los frutos;

¡Con qué tedio oyen el grito
Del que en vano ha querido y no pudo
Arrojar de sus hombros la carga
Pesada del infortunio!

—Cada cual en silencio devore,
Sus penas y sus afanes—
Dicen—que es de animosos y fuertes
El callar, y es la queja cobarde.

No el lúgubre vaticinio
Que el espíritu turba y sorprende,
Ni el inútil y eterno lamento
Importuno en los aires resuene.

¡Poeta! en fáciles versos,
Y con estro que alienta los ánimos,
Ven á hablarnos de esperanzas,
Pero no de desengaños.

II

Atrás, pues, mi dolor vano, con sus acerbos gemidos
Que en la inmensidad se pierden, como los sordos bramidos
Del mar en las soledades que el líquido amargo llena!..
¡Atrás! y que el denso velo de los inútiles lutos
Rasgándose, libre paso deje al triunfo de los Brutos,
Que asesinados los Césares, ya ni dan premio ni pena...

Pordiosero vergonzante, que en cada rincón desierto
Tendiendo la enjuta mano, detiene su paso incierto
Para entonar la salmodia, que nadie escucha ni entiende,
Me pareces, dolor mío, de quien reniego en buen hora.
¡Huye, pues, del alma enferma! Y tú, nueva y blanca aurora
Toda de promesas harta, sobre mí tus rayos tiende.

III

¡Pensamientos de alas negras! huid, huid azorados,
Como bandada de cuervos por la tormenta acosados,
Ó como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;
Dejad que amanezca el día de resplandores benditos,
En cuya luz se presienten los placeres infinitos...
¡Y huid con vuestra perenne sombra que en el alma pesa!

¡Pensamientos de alas blancas! ni gimamos ni roguemos
Como un tiempo, y en los mundos luminosos penetremos,
En donde nunca resuena la débil voz del caido,
En donde el dorado sueño pára en realidad segura,
Y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura
Y sobre el amor que mata sus alas tiende el olvido.

Ni el recuerdo que atormenta como horrible pesadilla,
Ni la pobreza que abate, ni la miseria que humilla,
Ni de la injusticia el látigo, que al herir mancha y condena,
Ni la envidia y la calumnia más que el fuego asoladoras
Existen para el que siente que se deslizan sus horas
Del contento y la abundancia por la corriente serena.

Allí, donde nunca el llanto los párpados enrojece,
Donde por dicha se ignora, que la humanidad padece
Y que hay seres que codician lo que harto el perro desdeña;
Allí, buscando un asilo, mis pensamientos dichosos
A todo pesar agenos, lejos de los tenebrosos
Antros del dolor, cantemos á la esperanza risueña,

Frescas voces juveníles, armoniosos instrumentos,
¡Venid! que á vuestros acordes yo quiero unir mis acentos
Vigorosos, y el espacio llenar de animadas notas,
Y entre estatuas y entre flores, entrelazadas las manos,
Danzar en honor de todos los venturosos humanos,
Del presente, del futuro y las edades remotas.

IV

Y mi voz, entre el concierto de las graves sinfonías,
De las risas lisongeras y las locas alegrías,
Se alzó robusta y sonora con la inspiración ardiente,
Que enciende en el alma altiva del entusiasmo la llama,
Y hace creer al que espera y hace esperar al que ama,
Que hay un cielo en donde vive el amor eternamente.

Del labio amargado un día por lo acerbo de los males,
Como de fuente abundosa fluyó la miel á raudales,
Vertiéndose en copas de oro que mi mano orló de rosas,
Y bajo de los espléndidos y ricos artesonados
En los palacios inmensos y los salones dorados,
Fuí como flor en quien beben perfumes las mariposas.

Los aplausos resonaban con estruendo en torno mío,
Como el vendabal resuena cuando se desborda el río
Por la lóbrega encañada que adusto el pinar sombrea;
Génio supremo y sublime del porvenir me aclamaron,
Y trofeos y coronas á mis plantas arrojaron,
Como á los piés del guerrero vencedor en la pelea.

V

Mas un dia, de aquel bello y encantado paraíso,
Donde con tantas victorias la suerte brindarme quiso,
Volví al mundo desolado de mis antiguos amores,
Cual mendigo que á su albergue torna de riquezas lleno;
Pero al verme los que ausente me lloraran, de su seno
Me rechazaron cual suele rechazarse á los traidores.

Y con agudos silbidos y entre sonrisas burlonas,
Renegaron de mi númen y pisaron mis coronas,
De sus iras envolviéndome en la furiosa tormenta;
Y sombrío y cabizbajo como Caín el maldito,
El execrable anatema llevando en la frente escrito,
Refugio busqué en la sombra para devorar mi afrenta.

VI

No hay mancha que siempre dure, ni culpa que perdonada
Deje de ser, si con llanto de contrición fué regada;
Así, cuando de la mía se borró el rastro infamante
Como en el cielo se borra el de la estrella que pasa,
Pasé yo entre los mortales, como el pié sobre la brasa,
Sin volver atrás los ojos ni mirar hacia adelante.

Y á mi corazón le dije: «Si no es vano tu ardimiento
Y en tí el manantial rebosa del amor y el sentimiento

Fuentes en donde el poeta apaga su sed divina,
Se tú mi musa y cantemos sin preguntarle á las gentes
Si aman las alegres trovas ó los suspiros dolientes,
Si gustan del sol que nace ó buscan al que declina.

MIENTRAS el hielo las cubre,
Con sus hilos brillantes de plata,
Todas las plantas están ateridas,
Ateridas, como mi alma.

Esos hielos para ellas,
Son promesa de flores tempranas,
Son para mí silenciosos obreros,
Que están tejiéndome la mortaja.

* * *

Pensaban que estaba ocioso
En sus prisiones estrechas,
Y nunca estarlo ha podido,
Quien firme al pié de la brecha,
En guerra desesperada,
Contra sí mismo pelea.

Pensaban que estaba solo,
Y no lo estuvo jamás,
El forjador de fantasmas

Que vé siempre en lo real
Lo falso, y en sus visiones
La imágen de la verdad.

*
* *

Brillaban en la altura cual moribundas chispas,
Las pálidas estrellas,
Y abajo... muy abajo en la callada selva,
Sentíanse en las hojas proximas á secarse,
Y en las marchitas hierbas,
Algo como estallidos de arterias que se rompen,
Y huesos que se quiebran,
¡Qué cosas tan extrañas finge una mente enferma!

Tan honda era la noche,
La oscuridad tan densa,
Que ciega la pupila
Si se fijaba en ella
Creía ver brillando entre la espesa sombra
Como en la inmensa altura las pálidas estrellas,
¡Qué cosas tan estrañas se ven en las tinieblas!

En su ilusión, creyóse por el vacío envuelto,
Y en él queriendo hundirse,
Y girar con los astros por el celeste piélago,
Fué á estrellarse en las rocas, que la noche ocultaba,
Bajo su manto espeso.

*
* *

Son los corazones de algunas criaturas,
Como los caminos muy transitados,
Donde las pisadas de los que ahora llegan,
Borran las pisadas de los que pasaron:
No será posible que dejeis en ellos,
De vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

*
* *

Al oir las canciones,
Que en otro tiempo oía,
Del fondo en donde duermen mis pasiones,
El sueño de la nada,
Pienso que se alza irónica y sombría,
La imágen ya enterrada
De mis blancas y hermosas ilusiones,
Para decirme:
—¡Nécia! lo que es ido
¡No vuelve! lo pasado se ha perdido
Como en la noche va á perderse el dia,
Ni hay para la vejez resurecciones...

¡Por Dios! no me canteis esas canciones
¡Que en otro tiempo oía!

*
* *

Vosotros que del cielo que forjasteis
Vivís como Narciso enamorados,
No lograreis cambiar de la criatura
En su esencia, la misma eternamente,
Los instintos innatos.

No borrareis jamás del alma humana,
El orgullo de raza, el amor patrio
La vanidad del propio valimiento,
Ni el orgullo del sér que se resiste
A perder de su sér un solo átomo.

A LA LUNA

I

Con qué pura y serena transparencia
Brilla esta noche la luna!
A imágen de la cándida inocencia,
No tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura
Como lluvia de oro cae
Sobre las largas cintas de verdura
Que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina
Con melancólica lumbre,
Y las corrientes de agua cristalina
Que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,
El mar de espuma cubierto,
Donde nacen las ondas plañideras,
El blanco arenal desierto.

La iglesia, el campanario, el viejo muro,
La ría en su curso vária,
Todo lo ves desde tu cenit puro
Casta vírgen solitaria.

II

Todo lo ves, y todos los mortales
Cuantos en el mundo habitan,
En busca del alivio de sus males,
Tu blanca luz solicítan.

Unos para consuelo de dolores,
Otros trás de ensueños de oro
Que con vagos y tibios resplandores
Vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo
Esas venturas robadas,
Que huyen del sol, acusador testigo,
Pero no de tus miradas.

III

Y yo celosa como me dió el cielo
Y mi destino inconstante,
Correr quisiera un misterioso velo
Sobre tu casto semblante.

Y piensa mi exaltada fantasia
Que solo yo te contemplo,
Y como que es hermosa en demasía
Te doy mi patria por templo.

Pues digo con orgullo, que en la esfera
Jamás brilló luz alguna,
Que en su claro fulgor se pareciera,
A nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y que ilusión tan vana
Esta que llena mi mente!...
De altísimas regiones soberana
Nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino
Siempre impasible y serena,
Dejándome sujeta á mi destino.
Como el preso á su cadena.

Y á alumbrar vas un suelo más dichoso
Que nuestro encantado suelo,
Aunque no más fecundo y más hermoso
Pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios, cual mi patria, otra tan bella,
En luz perfume y frescura,
Solo que le dió en cambio mala estrella,
Dote de toda hermosura.

IV

Dígote, pues, adios, tu cuanto amada
Indiferente y esquiva,
¿Que eres al fin, oh hermosa, comparada
Al que es llama ardiente y viva?

Adios... adios, y quiera la fortuna
Descolorida doncella,
Que tierra tan feliz no halles ninguna
Como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo
De nuevo á nuestras regiones,
En donde un tiempo el celta vigoroso
Te envió sus oraciones.

En vez de lutos como un tiempo, veas
La abundancia en sus hogares,
Y que en ciudades, villas, y en aldeas
Han vuelto los ausentes á sus lares.

Yo en mi lecho de abrojos,
»Tú en tu lecho de rosas y de plumas,
»Verdad dijo, el que dijo, que un abismo
»Media entre mi miseria y tu fortuna.
»Mas yo no cambiaría
»Por tu lecho, mi lecho,
»Pues rosas hay que manchan y emponzoñan,
»Y abrojos que á través de su aspereza,
»Nos conducen al cielo.

Con ese orgullo de la honrada y triste
Miseria resignada á sus tormentos,
La vírgen pobre, su canción entona
En el mísero y lóbrego aposento,
Y allí otra voz murmura al mismo tiempo:

«Entre plumas y rosas descansemos
»Que hallo mejor anticipar los goces,
»De la gloria en la tierra, y que impaciente
»Por mí aguarde el infierno.
»El infierno á quien vence el que ha pecado
»Con su arrepentimiento.
»¡Bien hayas tú, la que el placer apuras
»Y tú pobre y ascética mal hayas!
»La vida es breve, el porvenir oscuro,
»Cierta la muertes y venturosa aquella
»Que en vez de sueños realidades ama.»

Ella triste, de súbito suspira
Interrumpiendo su cantar, y bañan,
Frias y silenciosas
Su semblante las lágrimas.

¿Quién levantó tal tempestad de llanto
En aquella alma blanca y sin rencores
Que aceptaba serena su desdicha
Con fé esperando en los celestes dones?
¡Quién!... el perenne instigador oculto,
De la insidiosa duda, el mónstruo informe
Que ya es la fiebre del carnal deseo,
Ya el montón de oro que al brillar corrompe,
Ya de amor puro la fingida imágen,
Otra vez el de siempre... ¡Mistófeles!
Que aunque hoy así no se le llame, acaso
Proseguirá sin nombre la batalla,
Por que mudan los nombres, mas las cosas
Eternas, ni se mudan ni se cambian.

Viéndome perseguido por la alondra
Que en su rápido vuelo,
Arrebatarme quiso en su piquillo
Para dar alimento á sus polluelos.

Yo diminuto insecto de alas de oro
Refugio hallé en el caliz de una rosa,
Y allí viví dichoso, desde el alba,
Hasta la nueva aurora.

Mas aunque era tan fresca y perfumada
La rosa como yo, no encontró abrigo
Contra el viento que alzándose en el bosque
Arrastróla en revuelto torbellino.

Y rodamos los dos en fango envueltos
Para ya nunca levantarse, ella;
Y yo para llorar eternamente
Mi amor primero y mi ilusión postrera

De repente los ecos divinos
Que en el tiempo se apagaron
Desde lejos de nuevo llamáronle
Con el poderoso encanto
Que del fondo del sepulcro
Hizo levantar á Lázaro.

Agitóse al oirlo su alma
Y volvió de su sueño letárgico
A la vida, como vuelve
A su patria el desterrado
que ve al fin los lugares queridos,
Mas no á los seres amados.

Alma que has despertado
Vuelve á quedar dormida,
No es que aparece el alba,
Es que ya muere el día
Y te envía en su rayo postrero
La postrimera caricia.

* * *

Si al festín de los dioses llegas tarde
Ya del néctar celeste
Que rebosó en las ánforas divinas
Sólo, alma triste, encontrarás las heces.

Mas aun así de su amargor dulcísimo
Conservarás tan íntimos recuerdos
Que bastarán á consolar penas
De la vida en el áspero desierto.

La *palabra y la idea*... hay un abismo
Entre ambas cosas orador sublime:
Si es que supiste amar, dí, cuando amaste
¿No es verdad, no es verdad que enmudeciste?
¿Cuándo has aborrecido, no has guardado
Silencioso la hiel de tus rencores,
En lo más hondo y escondido y negro
Que hallar puede en sí un hombre?
Un beso, una mirada,
Suavísimo lenguaje de los cielos,
Un puñal afilado, un golpe aleve
Expresivo lenguaje del infierno.
Mas la palabra en vano
Cuando el odio ó el amor llenan la vida
Al convulsivo labio balbuciente
Se agolpa y precipita,
¡Qué ha de decir! desventurada y muda,
De tan hondos, tan íntimos secretos
La lengua humana, torpe, no traduce
El velado misterio
Palpita el corazón enfermo y triste
Languidece el espíritu, he aquí todo
Despues se rompe el frágil
Vaso, y la esencia elévase á lo ignoto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los muertos van deprisa»
El poeta lo ha dicho,
Van tan deprisa, que sus sombras pálidas
Se pierden del olvido en los abismos,
Con mayor rapidez que la centella
Se pierde en los espacios infinitos.

«Los muertos van deprisa», mas yo creo
¡Que aún mucho más deprisa van los vivos!
¡Los vivos! que con ansia abrasadora,
Cuando apenas vivieron
Un instante de gloria, un solo día
De júbilo, y mucho antes de haber muerto,
Unos á otros sin piedad se entierran
Para heredarse presto.

*
* *

A sus plantas se agitan los hombres
Como el salvaje hormiguero,
En cualquier rincón oculto

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De un camino olvidado y desierto,
¡Cuál le irritan sus gritos de júbilo,
Sus risas y sus acentos,
Gratos como la esperanza,
Como la dicha soberbios!...

Todos alegres se miran,
Se tropiezan, y en revuelto
Torbellino, van y vienen
A la luz de un sol espléndido,
Del cual tiene que ocultarse,
Roto, miserable, hambriento.

¡Ah! si él fuera la nube plomiza
Que lleva el rayo en su seno,
Apagara la antorcha celeste
Con sus enlutados velos,
Y llenara de sombras el mundo
Cual lo están sus pensamientos;

*
* *

Era en Abril, y de la nieve al peso
Aún se doblaron los morados lirios;
Era en Diciembre y se agostó la hierba
Al sol, como se agosta en el estío.
En verano ó en invierno, no lo dudes,
Adulto, anciano ó niño,
Y hierba y flor, son víctimas eternas
De las amargas burlas del destino.

Sucumbe el joven, y encorvado, enfermo,
Sobreviene el anciano; muere el rico
Que ama la vida, y el mendigo hambriento
Que ama la muerte, es como eterno vivo.

*
* *

Prodigando sonrisas,
Que aplausos demandaban,
Apareció en la escena, alta la frente,
Soberbia la mirada,
Y sin ver ni pensar más que en sí misma,
Entre la turba aduladora y mansa
Que la aclamaba sol del universo,
Como noche de horror pudo aclamarla.
Pasó á mi lado y arrollarme quiso
Con su triunfal carroza de oro y nácar,
Yo me aparté, y fijando mis pupilas
En las suyas airadas:
—¡Es la inmodestia! al conocerla dije,
Y sin enojo la volví la espalda.
Mas tú crée y espera, ¡alma dichosa!
Que al cabo ese es el sino,
Feliz de los que elige el desengaño
Para llevar la palma del martirio.

LAS CAMPANAS

Yo las amo, yo las oigo
Cual oigo el rumor del viento,
El murmurar de la fuente
O el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas
Tan pronto asoma en los cielos
El primer rayo del alba;
Le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van repitiéndose
Por los llanos y los cerros,
Hay algo de candoroso,
De apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡Qué tristeza en el aire y el cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Que extrañeza entre los muertos!

En la altura los cuervos graznaban,
Los deudos gemían en torno del muerto,
Y las ondas airadas mezclaban
Sus bramidos al triste concierto.

—

Algo había de irónico y rudo.
En los ecos de tal sinfonía,
Algo negro, fantástico y mudo
Que del alma las cuerdas hería

—

Bien pronto cesaron los fúnebres cantos,
Esparcióse la tumba curiosa,
Acabaron gemidos y llantos
Y dejaron al muerto en su fosa.

Tan solo á lo lejos, rasgando la bruma,
Del negro estandarte las orlas flotaron,
Como flota en el aire la pluma
Que al ave nocturna los vientos robaron.

ANSIA que ardiente crece,
Vertiginoso vuelo
Tras de algo que nos llama
Con murmurar incierto.
Sorpresas celestiales,
Dichos que nos asombran,
Así cuando buscamos lo escondido
Así comienzan del amor las horas.

Inaplicable angustia,
Hondo dolor del alma,
Recuerdo que no muere,
Deseo que no acaba,
Vigilia de la noche,
Torpe sueño del día
Es lo que queda del placer gustado,
Es el fruto podrido de la vida.

*
* *

Aunque mi cuerpo se hiela
Me imagino que me quemo,
Y es que el hielo algunas veces
Hace la impresión del fuego.

*
* *

A las rubias envidias
Porque naciste con color moreno,
Y te parecen ellas blancos ángeles
Que han bajado del cielo.
¡Ah! pues no olvides niña,
Y ten por cosa cierta
Que mucho más que un ángel siempre pudo
Un demonio en la tierra.

*
* *

De este mundo en la comedia
Eterna, vienen y van
Bajo un mismo velo envueltas
La mentira y la verdad;
Por eso al verlas el hombre
Tras del mágico cendal

Que vela la faz de entrambos
Nunca puede adivinar
Con certeza, cuál es de ellas
La mentira ó la verdad.

* * *

Triste loco de atar, el que ama menos
Le llama al que ama más;
Y terco impenitente, al que no olvida
El que puede olvidar;
Del rico, el pobre en su interior maldice,
Cual si él rico no fuera si pudiese,
Y aquél siente hacia el pobre, lo que el blanco
Hacia las razas inferiores siente.

* * *

Justicia de los hombres, yo te busco,
Pero solo te encuentro
En la *palabra*, que tu nombre aplaude
Mientras te niega tenazmente el *hecho*.

¿Y tú, dónde resides?—me pregunto
Con aflicción,—justicia de los cielos,
Cuando el pecado es obra de un instante
Y durará la espiación terrible
Mientras dure el infierno!

Sed de amores tenía, y dejaste
Que la apagase en tu boca
¡Piadosa samaritana!
Y te encontraste sin honra,
Ignorando que hay labios que secan
Y que manchan cuanto tocan.

—

¡Lo ignorabas!... y ahora lo sabes,
Pero yo sé también, pecadora
Compasiva, porque á veces
Hay compasiones traidoras,
Que si el sediento volviese
A implorar misericordia,
Su sed de nuevo apagaras
Samaritana piadosa.

—

No volverá, te lo juro;
Desde que una fuente enlodan
Con su pico esas aves de paso,
Se van á beber á otra.

*
* *

Sintiéndose acabar con el estío
La desahuciada enferma
—¡Moriré en el otoño!
Pensó entre melancólica y contenta,
Y sentiré rodar sobre mi tumba
Las hojas también muertas.

Mas... ni áun la muerte complacer la quiso,
Cruel también con ella,
Perdonóle la vida en el invierno,
Y cuando todo renacía en la tierra
La mató lentamente, entre los himnos
Alegres de la hermosa primavera.

*
* *

Una cuerda tirante guarda mi seno
Que al menor viento lanza siempre un gemido,
Mas no repite nunca más que un sonido
Monótono, vibrante, profundo y lleno.

Fué ayer y es hoy y siempre
Al abrir mi ventana,
Veo en oriente amanecer la aurora,
Después hundirse el sol en lontananza.

Van tantos años de esto,
Que cuando á muerto tocan,
Yo no sé si es pecado, pero digo:
¡Qué dichoso es el muerto, ó qué dichosa!

*
* *

¡No!... no ha nacido para amar sin duda,
Ni tampoco ha nacido para odiar,
Ya que el amor y el odio han lastimado
Su corazón de una manera igual.

—

Como la dura roca
De algún arroyo solitario al pié,
Inmóvil y olvidado anhelaría
Ya vivir sin amar ni aborrecer.

Al caer despeñado en la hondura
Desde la alta cima,
Duras rocas quebraron sus huesos,
Hirieron sus carnes agudas espinas,
Y el torrente de lecho sombrío
Rasgando sus linfas,
Y entreabriendo los húmedos labios
Vino á darle su beso de muerte,
Cerrando en los suyos el paso á la vida.

—

Despertáronle luego y temblando
De angustia y de miedo,
¡Ah! ¿por qué despertar? preguntóse
Después de haber muerto.

—

Al pié de su tumba
Con violados y ardientes reflejos,
Flotando en la niebla,
Vió dos ojos brillantes de fuego
Que al mirarle, ahuyentaban el frio
De la muerte, templando su seno.

Y del yermo sin fin de su espíritu
Ya vuelto á la vida, rompiéndose el hielo,
Sintió al cabo brotar en el alma
La flor de la dicha, que engendra el deseo.
Dios no quiso que entrase infecunda
En la fértil región de los cielos,
Piedad tuvo del ánimo triste
Que el germen guardaba de goces eternos.

DESDE los cuatro puntos cardinales
De nuestro buen planeta
Joven pese á sus múltiples arrugas,
Miles de inteligencias
Poderosas y activas,
Para ensanchar los campos de la ciencia,
Tan vastos ya que la razón se pierde
En sus frondas inmensas,
Acuden á la cita que el progreso
Les da desde su templo de cien puertas.

Obreros incansables, ¡yo os saludo!
Llena de asombro y de respeto llena
Viendo como la Fé que guió un día
Hacia el desierto al santo anacoreta,
Hoy con la misma venda transparente,
Hasta el umbral de lo imposible os lleva.
¡Esperad y creed! *crea* el que crée,
Y ama con doble ardor aquel que espera.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero yo en el rincón más escondido
Y también más hermoso de la tierra,
Sin esperar á Ulyses,
Que el nuestro ha naufragado en la tormenta,
Semejante á Penélope
Tejo y destejo sin cesar mi tela,
Pensando que esta es del destino humano,
La incansable tarea,
Y que ahora subiendo, ahora bajando,
Unas veces con luz, y otras á ciegas,
Cumplimos nuestros días y llegamos
Más tarde ó más temprano á la ribera.

Aún otra amarga gota en el mar sin orillas,
Donde lo grande pasa deprisa, y lo pequeño
Desaparece ó se hunde, como piedra arrojada
De las aguas profundas al estancado légamo.

Vicio, pasión, ó acaso enfermedad del alma,
Débil á caer vuelve siempre en la tentación.
Y escribe como escriben las olas en la arena,
El viento en la laguna y en la neblina el sol.

Mas nunca nos asombra que trine ó cante el ave,
Ni que eterna repita sus murmullos el agua;
Canta, pues, ¡oh poeta! canta, que no eres menos
Que el ave y el arroyo que armonioso se arrastra.

*
* *

En incesante encarnizada lucha,
En pugilato eterno,
Unos tras otros al palenque vienen
Para luchar, seguidos del estruendo

De los aplausos prodigados siempre
De un modo igual á todos.
Todos genios
Sublimes é inmortales se proclaman
Sin rubor; mas bien pronto
Al ruido de la efímera victoria
Se sucede el silencio
Sepulcral del olvido, y juntos todos,
Los grandes, los medianos, los pequeños,
Cual en tumba común, perdidos quedan
Sin que nadie se acuerde que existieron.

***

Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra
El vivo resplandor de los relámpagos
Y que como él se apagan en la sombra,
Sin dejar de su luz huella ni rastro.

Yo prefiero á ese brillo de un instante,
La triste soledad donde batallo,
Y donde nunca á perturbar mi espíritu
Llega el vano rumor de los aplausos.

***

¡Oh gloria! deidad vana cual todas las deidades,
Que en el orgullo humano tienen altar y asiento,
Jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva
Se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En el dintel oscuro de mi pobre morada,
No espero que detengas el breve alado pié,
Porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,
Ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.

¡Cuantos te han alcanzado que no te merecían,
Y cuantos cuyo nombre debiste hacer eterno,
En brazos del olvido más triste y más profundo
Perdidos para siempre duermen el postrer sueño!

FIN

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA